

Capítulo 19 – La consecución de la paz.

Introducción

“Los obstáculos a la paz” es la pieza central del Capítulo 19, que en muchos sentidos es un desarrollo de la discusión del Capítulo 18 sobre el lugar que

ocupa el cuerpo en la estrategia del ego de la ausencia de la mente.

Los tres

primeros obstáculos reflejan cómo el cuerpo arraiga nuestra atención en el

mundo: el primero se centra en utilizar los cuerpos de otras personas como

objetos proyectados de nuestra culpa; el segundo se centra en ver el cuerpo

como valioso por su papel como defensa, siendo un objeto de placer o de

dolor, que son lo mismo para el ego; el tercero trata de la atracción de la

muerte, la expresión más clara del sistema de pensamiento del ego sobre la

aparente realidad del cuerpo, y por lo tanto, del ego mismo.

Finalmente, el

cuarto obstáculo revela de qué nos defienden los tres primeros: el temor de

la ira de Dios que nos castigará, el cual en sí mismo es una defensa contra la

verdad de Su Amor en la que el ego desaparecería. También examinaremos,

al igual que hicimos en el capítulo anterior, cómo a través de la relación

santa, el Espíritu Santo usa el cuerpo como un instrumento de curación.

Comenzamos, como es nuestra costumbre, con declaraciones del principio

de Expiación, del cual el ego se protege a sí mismo al idear su mito del pecado, la culpa, el miedo y el ataque (el recuadro de la mentalidad errada

en el gráfico [ver Apéndice]), y luego fabricando un mundo como su línea

secundaria de defensa.

El principio de Expiación.

(IV-A.3:5-6) La Voluntad de Dios es Una sola, no muchas. No tiene opuestos pues aparte de ella no hay ninguna otra.

Esto insinúa un tema que consideramos antes (principalmente en el Capítulo 10) sobre el Primer Mandamiento bíblico: "No pondrás dioses ajenos delante de mí". Jesús nos dice que no antepongamos otros dioses a

Él porque no hay otros dioses; de ahí que no haya oposición. El ego, que

solo parece oponerse, es verdaderamente nada, lo cual es otra declaración

del principio de la Expiación de que la separación de Dios nunca ocurrió.

Esta próxima declaración viene en medio de una sección importantísima

sobre el pecado, a la que regresaremos en breve. Esa es la respuesta del

Espíritu Santo a lo que el ego quiere hacernos creer que es la verdad: que el

pecado de la separación realmente ocurrió, con efectos muy reales.

(II.3:1-2) El Hijo de Dios puede estar equivocado, engañarse a sí mismo e incluso usar el poder de su mente contra sí mismo. Pero no puede pecar.

Dentro de la ilusión somos libres de creer cualquier cosa que deseemos,

como que la mente tiene el poder de volverse contra Dios. Aunque el pecado nos dice que esto realmente sucedió, lo imposible no puede suceder

y nunca sucedió. El Hijo de Dios permanece tal como fue creado: sin pecado, sin culpa y como uno con su Creador.

(II.3:3-6) No puede hacer nada que en modo alguno altere su realidad, o que haga que realmente sea culpable. Eso es lo que el pecado quisiera

hacer, pues ése es su propósito. Mas a pesar de toda la salvaje demencia

inherente a la idea del pecado, éste sigue siendo imposible. Pues el costo

del pecado es la muerte, y ¿podría acaso perecer lo que es inmortal?

Encontramos aquí referencias a dos declaraciones muy conocidas. La

primera es de San Pablo: "La paga del pecado es muerte" (Romanos 6:23).

Jesús está de acuerdo, pero luego cita el Bhagavad Gita: "¿Cómo podría

morir el inmortal?" Estas son las palabras del Avatar Krishna a Arjuna, quien de mala gana está listo para luchar con sus parientes. Krishna pregunta, en efecto: "¿Por qué estás molesto? Tus parientes ya están muertos". Como esto significa que nunca estuvieron vivos, Krishna agrega:

"¿Cómo podría morir el inmortal?"

La "paga del pecado es muerte" porque una vez que creemos en la realidad

del pecado, la muerte es inevitable. Sin embargo, ¿cómo podría morir el

inmortal? Entonces, nada de esto es posible: sin muerte, no hay pecado; sin

pecado, no hay separación; sin separación, no hay ego. Ésta, entonces, es

otra afirmación que el ego intenta desesperadamente que no escuchemos.

Para asegurarse de que seremos sordos a la llamada de la Expiación, el ego

diseña su estrategia para hacernos creer en la realidad de la separación que

se vuelve real al considerarla como un pecado castigado con la muerte,

cuyo miedo nos obliga a huir al cuerpo. Por esta razón, el primer tema a

examinar en este movimiento de nuestra sinfonía es el pecado.

Pecado

Comenzamos con un pasaje que destaca la diferencia entre pecado y error.

El primero sirve al propósito del ego de hacer real la diminuta y alocada

idea de la separación, reforzada por el miedo al castigo; el último es la reinterpretación del Espíritu Santo de ese pensamiento loco, permitiendo la

suave corrección del perdón:

(II.1:1-5) Es esencial que no se confunda el error con el pecado, ya que

esta distinción es lo que hace que la salvación sea posible. Pues el error puede ser corregido, y lo torcido, enderezado. Pero el pecado, de ser posible, sería irreversible. La creencia en el pecado está necesariamente basada en la firme convicción de que son las mentes, y no los cuerpos, las que atacan. Y así, la mente es culpable y lo será siempre, a menos que una mente que no sea parte de ella pueda darle la absolución. El ego toma hábilmente la creencia en el pecado y la culpa, establecida como irreversible por el aparente ataque a Dios, y la proyecta sobre el cuerpo. Al trasladar el problema de la mente al cuerpo, el ego nos hace creer la loca premisa de que podemos ser liberados del pecado por alguien o algo fuera de la mente cambiando nuestro sistema de pensamiento por nosotros. Esta es la base del Sacramento Católico de la Penitencia, donde el sacerdote – “una mente que no sea parte de ella” – puede otorgar mágicamente la absolución del pecado. Todo esto inteligentemente asegura que nunca podremos ser absueltos del pecado, ya que el poder de decisión de la mente ha sido anulado y reprimido más allá de toda aparente capacidad de recordarlo. En los pasajes siguientes veremos cómo el ego delirante construye su caso para motivarnos a huir de la mente. Nos convence de que la mente es un lugar peligroso porque es el hogar del pecado. Del pecado viene la culpa, que nos hace temer el castigo que inevitablemente nos destruiría: (II.1:6-2:5) El pecado exige castigo del mismo modo en que el error exige corrección, y la creencia de que el castigo es corrección es claramente una locura. El pecado no es un error, pues el pecado comporta una arrogancia que la idea del error no posee. Pecar supondría violar la realidad, y lograrlo. El pecado es la proclamación de que el ataque es real y de que la culpabilidad está justificada. Da por sentado que el Hijo de Dios es culpable, y que, por lo tanto, ha conseguido perder su inocencia y

también convertirse a sí mismo en algo que Dios no creó. De este modo,
la creación se ve como algo que no es eterno, y la Voluntad de Dios como susceptible de ser atacada y derrotada.
Esta, por supuesto, es la ilusión de que la corrección puede ocurrir mediante
el castigo y el ataque, un pensamiento demente que proviene de nuestra
creencia de que podemos oponernos a la Voluntad de Dios, habiendo logrado lo imposible al violar la unidad de Su creación – el pecado que merece nuestro castigo, que luego proyectamos sobre otros. Tal pérdida de
inocencia justifica nuestra culpa y la necesidad de afirmar nuestra "cara de
inocencia" (T-31.V.2:6), haciendo a otros pecadores y atacándolos por nuestro pecado percibido. Esta locura nunca puede ocurrir en un universo
no-dualista donde no hay "otro", ya que la oposición es imposible en el estado de la unidad. Además, no solo creemos que podemos oponernos a
Dios, sino que también podemos derrotarlo, síntomas del principio uno-
uotro, de que para que nosotros vivamos, Dios debe ser destruido; la unidad
no puede coexistir con la separación, como tampoco nuestro yo puede existir aparte de la unidad del perfecto Amor.
(II.2:6-7; 4:1-2) El pecado es la gran ilusión que subyace a toda la grandiosidad del ego. Pues debido a él, Dios Mismo cambia y se le priva
de Su Plenitud. ... Uno de los principales dogmas de la descabellada religión del ego es que el pecado no es un error sino la verdad, y que la inocencia es la que pretende engañarnos. La pureza se considera arrogancia, y la aceptación de nuestro ser como algo pecaminoso se percibe como santidad.
El ego nos dice que no escuchemos al Espíritu Santo cuando habla de la
inocencia del Hijo de Dios, diciéndonos a nosotros que la separación nunca
ocurrió. Nuestra propia existencia grita que sí, al igual que la Biblia. Imagina una religión bíblica sin el concepto de pecado, por eso se lleva a
a

Jesús a hablar del sistema de pensamiento del ego como una religión, con el pecado como su piedra angular. De hecho, todas las religiones formales se derivan del pecado, siendo vagas expresiones de la creencia ontológica del ego en la incompleción y el cambio de Dios, y en el pecado del Hijo de Dios que sólo es redimible mediante la magia de la absolución y el sacrificio.

(II.4:3-5) Y es esta doctrina la que substituye a la realidad del Hijo de Dios, tal como su Padre lo creó, y tal como dispuso que fuese para siempre. ¿Es esto humildad? ¿O es más bien un intento de desgajar la creación de la verdad, y de mantenerla aparte?

Esta locura es lo que creemos, y nuestra propia existencia prueba que la doctrina del pecado del ego es verdadera, ocultando la arrogante creencia de que podríamos arrebatarse la creación y establecer una vida separada de su

Fuente. Jesús nos pide que coloquemos humildemente esta locura junto a la simple verdad de la unidad indiferenciada de la creación.

(II.5:1) El ego siempre considerará injustificable cualquier intento de reinterpretar el pecado como un error.

No percibimos errores, solo vemos los pecados que deben ser castigados.

Esta es la loca versión de justicia del ego que realmente es venganza: el mal

existe y lo castigaremos. Perdonarlo de verdad sería imperdonable para la

parte de nuestra mente, el ego, que conoce el pecado como condición sine

qua non de nuestra existencia, y a la impecabilidad como un pecado contra

el santo ego.

(II.5:2-5) La idea del pecado es absolutamente sacrosanta en su sistema

de pensamiento, y sólo puede abordarse con respeto y temor reverente.

Es el concepto más “sagrado” del sistema del ego: bello y poderoso,

completamente cierto, y protegido a toda costa por cada una de las defensas que el ego tiene a su disposición. Pues en el pecado radica su "mejor" defensa, a la que todas las demás sirven. El pecado es su armadura, su protección y el propósito fundamental de la relación especial tal como el ego la interpreta.

Todo esto, la totalidad del sistema de pensamiento del ego, se basa en la

realidad del pecado: nos hemos separado de Dios y ahora

"disfrutamos" de

una existencia pecaminosa independiente de nuestra Fuente.

Oponiéndonos

a Él, estamos en un constante estado de guerra, una condición tan aterradora

que la borramos de nuestras mentes, llevándonos perpetua y corporalmente

a revivir esta guerra del pecado en nuestras relaciones especiales. La tenacidad con la que nos abrazamos a estas relaciones y a no abandonarlas,

refleja nuestra obediencia al ego, como así también la reverencial adoración

a la santidad del pecado, el gran preservador del yo separado.

(II.6:1-5) Puede ciertamente afirmarse que el ego edificó su mundo sobre el pecado. Únicamente en un mundo así podría ser todo a la inversa. Ésta es la extraña ilusión que hace que las nubes de la culpabilidad parezcan densas e impenetrables. La solidez que los cimientos de este mundo parecen tener descansa en ello. Pues el pecado

ha hecho que la creación, de ser una Idea de Dios, pase a ser un ideal del ego: un mundo que él rige, compuesto de cuerpos inconscientes y capaces de caer presa de la corrupción y de la decadencia más absoluta.

Dado que la proyección da lugar a la percepción, el pensamiento proyectado del pecado da lugar al mundo perceptivo. Así como el pensamiento del ego está al revés – es decir, opuesto a la realidad – también

lo está el universo, otra referencia a la percepción literal del ojo de un mundo al revés. El pecado hace que el pensamiento de la separación parezca sólido, haciendo que el mundo parezca sólido también, repleto de

cuerpos sin mente que nos impiden reconocer el error de la mente al elegir

ilusiones de decadencia y muerte en lugar de la verdad de la realidad inmutable y de la vida eterna.

(II.6:6-11) Si esto es un error, la verdad puede deshacerlo fácilmente, pues todo error puede ser corregido sólo con que se le permita a la verdad juzgarlo. Pero si al error se le otorga el rango de verdad, ¿ante qué se podría llevar? La “santidad” del pecado se mantiene intacta debido únicamente a este extraño mecanismo. En cuando que verdad, el pecado es inviolable, y todo se lleva ante él para ser juzgado. Mas si es un error, es él el que tiene que ser llevado ante la verdad.

Una vez que el pecado se etiqueta como inviolable, no se puede deshacer.

La verdad, entonces, es llevada a la ilusión, donde inevitablemente se la

obliga a transigir y a ser lo que no es. La confusión de forma y contenido de

la religión organizada es un ejemplo de esta dinámica del ego en acción,

como hemos visto muchas veces. Un Curso de Milagros, por otro lado, nos

anima a llevar las ilusiones a la verdad, donde su obscuridad es gentilmente

disipada por la luz de la Expiación. Necesitamos ser conscientes de nuestra

resistencia a hacer esto; de otra manera, el ego puede continuar con sus

ingeniosas formas de convencernos de nuestra santidad, mientras estamos

apuntalando sus defensas contra la verdadera santidad del Hijo de Dios.

(II.6:12-13) Es imposible tener fe en el pecado, pues el pecado es falta de fe. Mas es posible tener fe en el hecho de que cualquier error puede ser corregido.

Esto esboza nuestra discusión a continuación sobre la fe y la falta de fe.

Creyendo las mentiras del ego, ponemos nuestra fe en nada; es decir, hay

falta de fe. Sin embargo, al escuchar la Voz del Cielo, tenemos fe en que los

pensamientos de pecado, los nuestros o los de otros, no han tenido ningún efecto sobre la realidad de nuestro Ser libre de pecado. Tal conciencia es fe.

(II.7:1-4) No hay un solo baluarte en la ciudadela del ego más celosamente defendido que la idea de que el pecado es real, y de que es

la expresión natural de lo que el Hijo de Dios ha hecho de sí mismo y de

lo que es. Para el ego eso no es un error. Pues ésa es su realidad: la “verdad” de la que nunca se podrá escapar. Ése es su pasado, su presente y su futuro.

Recuerda cómo el ego proyectó su trinidad impía de pecado, culpa y miedo

en un mundo de tiempo lineal: pecar en el pasado, experimentar la culpa

presente y temer el castigo en el futuro. Esta pesadilla se convierte en nuestra realidad como cuerpos, la sombra de la aparentemente inmutable

realidad de la separación de la mente. El pecado es su mayor aliado de confianza, convirtiéndose en el nuestro también una vez que elegimos al

ego como nuestro maestro y Dios. La llamada a cuestionar la realidad del

pecado es la llamada a cuestionar la nuestra, un destino peor que la muerte

porque significa el total fin del sistema de pensamiento del ego, cuerpo y mente.

(II.7:5-7) Pues de alguna manera se las ha arreglado para corromper a su Padre y hacerle cambiar de parecer por completo. ¡Llora, pues, la muerte de Dios, a Quien el pecado asesinó! Éste sería el deseo del ego,

que en su demencia cree haberlo logrado.

Lo anterior analiza la segunda y tercera leyes del caos del ego, que examinaremos en el Capítulo 23. Primero creemos que destruimos a nuestro

Creador, y luego lo hicimos estar tan loco como nosotros porque Él también

cree que el pecado es real y que merecemos castigo. En su estado

diferenciado, Padre e Hijo se convierten en enemigos mortales, ya no comparten el unido Ser de Amor – una Unicidad unida cual Una sola (T25.I.7:1). Como podemos ver, estos pasajes reflejan la importancia fundamental del pecado en el sistema de pensamiento del ego, el pensamiento loco sobre el que descansa nuestro mundo. Jesús continúa

desarrollando este importante tema de su sinfonía:

(III.1:1) La atracción de la culpabilidad reside en el pecado, no en el error.

Ver algo como un error significa que no hay culpa. Para etiquetarlo como

pecaminoso, sin embargo, se introduce la culpa, lo que significa que – otros

– han hecho algo terrible que exige su castigo. La frase “la atracción de la

culpabilidad” es fundamental para nuestra discusión más adelante sobre el

primer obstáculo a la paz.

(III.2:1-2) El ego no cree que sea posible que lo que el pecado realmente

invoca, y a lo que el amor siempre responde, es al amor y no al miedo. Pues el ego lleva el pecado ante el miedo, exigiendo castigo.

Esta sección, “La irre realidad del pecado”, desarrolla la idea de que el pecado

exige castigo. El pecado conduce a la culpa, aunque los dos términos son

prácticamente intercambiables. Jesús enfatiza una vez uno y, otra vez el

otro; aunque es el paso que precede a la proyección del pecado/culpa lo que

es importante: el temor a la venganza de Dios, el requisito previo para nuestra elección de volvernos sin mente. Tememos a Dios porque creemos

merecemos castigo, y para escapar de la ira que la culpa exige, inventamos

cuerpos, que muy bien sirven a los tres primeros obstáculos a la paz. Este

mismo miedo llama al amor que niega el sistema de pensamiento del ego,

aunque no lo parece ya que nuestra necesidad de atacar a los demás como

un escape de nuestro propio pecado percibido es fuerte. No obstante, nuestras mentes correctas escuchan en los "pecados" de nuestro hermano la

llamada a que se le demuestre que está equivocado, y no podemos evitar

responder con el amor que corrige, en lugar de con el ataque que castiga:

(III.4:5-9) Lo único que el error pide es corrección, y eso es todo. Lo que pide castigo no está realmente pidiendo nada. Todo error es necesariamente una petición de amor. ¿Qué es, entonces, el pecado? ¿Qué otra cosa podría ser, sino una equivocación que quieres mantener

oculta, una petición de ayuda que no quieres que sea oída, y que, por lo

tanto, se queda sin contestar?

Nuestra disposición a escuchar la petición de amor detrás de la percepción

del pecado refleja la disposición a aceptar el perdón y despertar del sueño.

Mientras que la corrección nos libera de la pesadilla de dolor y muerte del

ego, el castigo la refuerza. Es este estado de la mente lo que nos mantiene

perpetuamente sin mente, protegiendo a nuestro yo especial de ser anulado

por la mente que naturalmente se corregiría a sí misma, si se diese cuenta de

su error.

(III.2:3) Mas el castigo no es sino otra forma de proteger la culpabilidad, pues lo que merece castigo tuvo que haber sucedido realmente.

No tenemos que lidiar con la culpa de la mente porque la hemos proyectado

y la vemos en otros, preservando su presencia llena de pecado en nuestras

mentes. Al ver la culpa externamente, convencemos a los demás de que los

malhechores merecen el castigo por su pecado, demostrando así su

culpabilidad. Sin esta loca premisa de pecado y culpa, no habría necesidad de castigo.

(III.2:4-7) El castigo es siempre el gran protector del pecado, al que trata con respeto y a quien honra por su perversidad. Lo que clama por castigo, tiene que ser verdad. Y lo que es verdad no puede sino ser eterno, y se seguirá repitiendo sin cesar. Pues deseas lo que consideras real, y no lo abandonas.

Allí, expresada de manera sucinta, está la historia del mundo: el intento de preservar la culpa a través de la proyección, encontrando fallas en todos menos en nosotros mismos. Este es un ciclo aparentemente interminable, en el que cuanto más culpables nos sentimos, más necesitamos negarlo y proyectarlo culpando a los demás; cuanto más proyectamos, más creemos firmemente en la culpa que se ve reforzada por nuestros ataques. Apreciamos este juego de culpa y ataque, manteniendo su círculo vicioso de muerte, todo lo cual prueba la realidad del ego y su sistema de pensamiento de separación. Deseamos mantener el yo que le robamos a Dios, esforzándonos poderosamente por deshacernos de la culpa que lo acompaña. Así, mante-nemos nuestras identidades separadas sin sentirnos responsables de ellas.

(III.3:3-6) A veces un pecado se comete una y otra vez, con resultados obviamente angustiosos, pero sin perder su atractivo. Mas de pronto cambias su condición, de modo que de ser un pecado pasa a ser simplemente un error. Ahora ya no lo seguirás cometiendo; simplemente no lo volverás a hacer y te desprenderás de él, a menos que todavía te sigas sintiendo culpable. Pues en ese caso no harás sino cambiar una forma de pecado por otra, reconociendo que era un error pero impidiendo su corrección.

Jesús se refiere a los ingeniosos intentos del ego de corregir el pecado modificando el comportamiento y no cambiando de mentalidad. Podríamos

pensar conscientemente en el pecado como un error, pero nuestra culpa subyacente "prueba" su realidad y clama por castigo. Si no se reconoce, la culpa de la mente debe proyectarse, haciendo que otros paguen el precio por nuestro pecado. Una y otra vez, esta angustiosa dinámica se desarrolla, permitiendo que el ego se deleite con su locura impulsada por la culpa que corrobora su existencia ilusoria.

(III.5:7) Pero el pecado es la creencia de que tu percepción es inalterable y que la mente tiene que aceptar como verdadero lo que le dicta la percepción. Como la Voz del Espíritu Santo ha sido efectivamente silenciada al haber elegido el ego, no escuchamos otra voz, estando de acuerdo con la verdad de las mentiras del ego sobre el pecado de la separación y la necesidad de hacer un mundo. La fuente del mundo, y todo lo que hay en él, es simplemente la creencia de la mente en el pecado y la culpa. Como las ideas no abandonan su fuente, los conceptos del mundo de pecado, culpa y castigo no son más que proyecciones de las ideas de la mente errada. Permanecen dentro de la mente, lo que significa que el mundo no tiene realidad. Sin embargo, siguiendo los dictados del ego, aún mantenemos que lo él ha hecho.

(III.5:8-9) Si la mente no obedece, se la juzga como desquiciada. De ese modo la mente, que es el único poder que podría cambiar la percepción, se mantiene en un estado de impotencia y restringida al cuerpo por miedo al cambio de percepción que su Maestro, que es uno con ella, le brindaría. Estas importantes líneas reflejan la estrategia del ego de dejar a la mente sin poder, lograda por nuestro olvido de que incluso tenemos una. El tomador de decisiones de la mente es el único poder que podría cambiar la

percepción errónea de que el pecado es real. Sin embargo, una vez que elegimos este pensa-miento y lo colocamos en un cuerpo, bajamos el velo del olvido entre él y la mente (como se muestra en el gráfico), lo que impide nuestro volver a ella para elegir un Maestro diferente. Esta defensa contra la verdadera percepción es el quid del sistema de pensamiento del

ego que se basa en nuestra creencia en el pecado.

Y así nos encontramos en cuerpos, gobernados por un cerebro, sin recuerdos de haber sido orquestados por el sistema de pensamiento de

mentalidad-errada del ego. Como meras marionetas que siguen la dirección

del pecado y la culpa, nuestros cuerpos cumplen el propósito del ego de

mantener la separación que le robamos a Dios, pero viendo estos pensamientos en otros. Esto nos lleva directamente a los obstáculos a la paz

y su lugar en la estrategia de la ausencia de la mente que perpetúa de manera tan inteligente y exitosa la existencia del ego.

Los obstáculos a la paz.

(IV.1:1-3) A medida que la paz comience a extenderse desde lo más profundo de tu ser para abarcar a toda la Filiación y ofrecerle descanso, se topará con muchos obstáculos. Algunos de ellos los tratarás de imponer tú. Otros, parecerán provenir de otras partes: de tus hermanos, o de diversos aspectos del mundo externo.

Estos obstáculos son intencionales, diseñados por el ego para evitar que la

mente reconozca su poder para elegir la paz en lugar del conflicto que es la

fuerza del ego, sosteniendo así su existencia. Una parte esencial de la estrategia del ego de la ausencia de la mente es hacer que estos bloqueos

parezcan surgir de los cuerpos del mundo, en cualquier lugar menos en la

mente misma.

(IV.1:4,6-7; 2:2) La paz, no obstante, los envolverá dulcemente a todos, extendiéndose más allá de ellos sin obstrucción alguna. ... La paz que

Él ha depositado, muy hondo dentro de ti y tu hermano, se extenderá quedamente a cada aspecto de vuestras vidas, rodeándoos a ambos de

radiante felicidad y con la sosegada certeza de que gozáis de absoluta protección. Y vosotros llevaréis su mensaje de amor, seguridad y libertad a todo aquel que se acerque a vuestro templo, donde la curación le espera. ... Para ello, no obstante, la paz que ya mora en lo profundo de tu ser debe primero expandirse y trasponer los obstáculos que situaste ante ella.

Cuando cambiamos de maestro y miramos a través de los ojos de Jesús,

llevamos estos obstáculos del ego a su paz y los vemos desaparecer.

Su

aparente tamaño e importancia son irrelevantes, porque el amor los ve a

todos como lo mismo: fragmentos sombríos de una culpa que ya se ha disuelto en la nada. ¿Que poder tiene la noche sobre el sol naciente?

En este

instante santo de luz, la mente llena de paz solo puede extenderse a lo largo

de la Filiación, llamando a todos a compartir su perfecta paz. Dado que las

mentes están unidas, somos sanados como uno. El suave resplandor de

nuestro perdón abraza al mundo en la paz que sobrepasa toda comprensión

y acaba con todo dolor.

(IV.2:4-7) No puedes estar seguro de nada de lo que ves fuera de ti, pero

de esto sí puedes estar seguro: el Espíritu Santo te pide que le ofrezcas un lugar de reposo donde tú puedas descansar en Él. Él te contestó, y entró a formar parte de vuestra relación. ¿No quieres corresponder a Su gracia, y entablar una relación con Él? Pues fue Él quien le confirió a tu relación el regalo de la santidad, sin la cual te habría resultado eternamente imposible apreciar a tu hermano.

Nuestra responsabilidad es hacer espacio en nuestras mentes para el Espíritu Santo y Su paz; la Suya es extenderlo a lo largo de la Filiación.

En

verdad, hay una sola relación santa, con el Espíritu Santo, desde la cual

todas las relaciones se santifican, que es lo que significa apreciar a nuestros hermanos. Igualmente, solo hay una relación especial, con el ego, desde la cual todas las relaciones se hacen especiales, que es lo que significa no ser compasivo con nuestros hermanos. Perdonar a uno es perdonar a todos, condenar a uno es condenar a todos, porque este es un curso de total-inclusividad. Nuestro miedo a la paz proviene de esta total-inclusividad, porque la elección por la paz es, en última instancia, la elección contra nuestro yo separado. El corazón del primer obstáculo, entonces, es rechazar la paz en lugar de acogerla:

(IV-A.1) El primer obstáculo que la paz debe salvar es tu deseo de deshacerte de ella. Pues no puede extenderse a menos que la conserves.

Tú eres el centro desde donde ella irradia hacia afuera, para invitar a otros a entrar. Tú eres su hogar: su tranquila morada desde donde se extiende serenamente hacia el exterior, aunque sin abandonarte jamás.

Si la dejases sin hogar, ¿cómo podría entonces morar dentro del Hijo de

Dios? Si la paz se ha de diseminar por toda la creación, tiene que empezar contigo, y desde ti extenderse a cada hermano que llame, y llevarle descanso por haberse unido a ti.

La mayoría de los estudiantes recibirían este primer obstáculo con incredulidad. Después de todo, nadie en su mente correcta desearía deshacerse de la paz. Y, sin embargo, ¿cuántos están en sus mentes correctas? El sistema de pensamiento de mentalidad-errada de conflicto

sigue siendo nuestra salvación personal, porque la existencia individual

depende de él. Si estamos realmente deseosos de paz, primero debemos

dirigirnos a la parte de la mente que la rechaza. Una vez que miramos este

loco deseo, con la cordura de Jesús a nuestro lado, se disolverá suavemente, permitiéndonos estar de vuelta en nuestro hogar lejos del hogar, con todos nuestros hermanos. Es el atributo natural de la paz extender su descanso y abrazar a la Filiación como un todo. Por cierto, nunca está de más recordar que el tú, al que Jesús se dirige, aquí y a lo largo del Curso, es al tomador de decisiones de la mente, no al yo físico/psicológico que parece ser la persona que lee estas palabras y busca aplicarlas.

(IV-A.2:1-3) ¿Por qué querrías dejar a la paz sin hogar? ¿Qué es lo que crees que tendría que desalojar para poder morar contigo? ¿Cuál parece ser el costo que tanto te resistes a pagar? No queremos la paz porque la Expiación se encuentra en el estado libre de conflictos que acaba con toda oposición. Esto significa que no puede haber guerra con un Dios Que ni siquiera conoce al ego separado. Para contrarrestar esta verdad de la naturaleza ilusoria del yo individual – el costo que no deseamos pagar – proyectamos nuestra culpa por la separación y atacamos a los demás, manteniéndonos sin mente e incapaces de cambiar la decisión original y continua de creer en las mentiras del ego que mantienen la ilusión de la existencia individual.

(IV-A.4:4-11) La pequeña barrera de arena todavía se interpone entre tu hermano y tú. ¿La reforzarías ahora? No se te pide que la abandones sólo para ti. Cristo te lo pide para Sí Mismo. Él quiere llevar paz a todo el mundo, mas ¿cómo lo podría hacer, sino a través de ti? ¿Dejarías que un pequeño banco de arena, un muro de polvo, una aparente y diminuta barrera se interpusiese entre tus hermanos y la salvación? Sin embargo, este diminuto residuo de ataque que todavía tienes en tanta estima para poder usarlo contra tu hermano, es el primer obstáculo con el que la paz que mora en ti se topa en su expansión. Este pequeño muro de odio todavía quiere oponerse a la Voluntad de Dios, y mantenerla limitada.

El "pequeño muro de odio", el "pequeño banco de arena" y el "muro de polvo" son paralelos al "polvo del desierto" (T-18.VIII.13:2) que

mantenemos entre nosotros y los demás. Su inherente nada es desmentida por la experiencia del muro de granito sólido del pecado (T-22.III.3-5) que el ego nos dice es muy real e impenetrable. El sistema de pensamiento del ego – los mundos interior y exterior del pecado, la culpa y el miedo – nos lleva a creer que estamos en desacuerdo con un Dios y un mundo que nos tratan injustamente, justificando así nuestros contraataques. Por consiguiente, el primer obstáculo a la paz comienza donde termina la estrategia del ego, el deseo de la mente de retener su estado separado a través de la creencia en la culpa y su proyección en el mundo sin mente del ataque. En estas relaciones especiales, el hogar de la culpa, Jesús comienza su obra de curación en nombre de la Filiación, la totalidad del Hijo de Dios que se encuentra en cada una de sus partes percibidas. Nuestro maestro quiere que aprendamos que el problema no puede estar en un sistema de pensamiento que realmente no es nada, sino en el deseo de la mente de que sea verdad.

Pasamos ahora una sección más poderosa, "La atracción de la culpabilidad".

Esta describe la naturaleza de nuestro mundo y cómo hemos sido entrenados por el miedo del ego a sobrevivir en él. En detalle gráfico estamos representados como perros voraces, hambrientos por nuestro maestro ego que nos envía en busca de culpa, y principalmente, a que estemos constantemente atentos a fallas en los demás, buscando encontrar

algo – cualquier cosa – que podamos criticar, atacar y matar.

(IV-A.10:1) La atracción de la culpabilidad hace que se le tenga miedo al amor, ...

Como somos muy culpables por la necesidad de atacar y hacer que la culpa

sea real, creemos que el amor nos castigará. Para sobrevivir, debemos bloquear estos pensamientos de la conciencia, y cuanto más reprimimos la culpa de nuestra mente, mayor la necesidad de proyectarla. Esto da como resultado la necesidad universal de buscar chivos expiatorios a los que podamos culpar y al miedo como la forma de escapar de nuestra culpa.

(IV-A.11:2; 12:3-5) A los mensajeros del miedo se les ordena con aspereza que vayan en busca de culpabilidad, que hagan acopio de cualquier retazo de maldad y de pecado que puedan encontrar sin que se les escape ninguno so pena de muerte, y que los depositen ante su señor y amo respetuosamente. ... A los mensajeros del miedo se les adiestra mediante el terror, y tiemblan cuando su amo los llama para que le sirvan. Pues el miedo no tiene compasión ni siquiera con sus amigos. Sus mensajeros saquean culpablemente todo cuanto pueden en

su desesperada búsqueda de culpabilidad, pues su amo los deja hambrientos y a la intemperie, instigando en ellos la crueldad y permitiéndoles que se sacien únicamente de lo que le llevan. Siguiendo los locos dictados de nuestro maestro, creemos que el único medio de supervivencia es alimentarnos de otros, la fuente de energía percibida por el ego. Al encontrar culpa en alguien que no seamos nosotros,

lo atacamos y lo destruimos allí mismo, demostrando nuestra inocencia para

que Dios no nos castigue. Este es el principio de uno u otro: si tú eres culpable, yo soy inocente. Todos nos convertimos en estos perros rapaces

deleitándonos con la culpa que proyectamos sobre otro, el método del ego

por excelencia, para preservar nuestra existencia inocente. Hemos visto

repetidamente que, siguiendo al ego, podemos mantener nuestra robada

separación, pero siendo alguien más condenado por el pecado. Todo lo que

nos queda para lograr este objetivo es encontrar a los pecadores culpables, y

luego convencer a tantos como sea posible que estos malhechores deberían ser castigados.

(IV-A.12:6-7) Ni el más leve atisbo de culpabilidad se escapa de sus ojos

hambrientos. Y en su despiadada búsqueda de pecados se abalanzan sobre cualquier cosa viviente que vean, y dando chillidos se la llevan a su amo para que él la devore.

Las imágenes son maravillosamente evocadoras al describir la implacable

necesidad del mundo de encontrar pecadores. Ni uno puede escapar de

nuestra "despiadada búsqueda de pecados", una frase que describe dramáticamente el odio del ego. El llamado de Jesús para que recordemos a

estos mensajeros salvajes, lamentablemente, cae en oídos sordos por nuestra

sanguinaria venganza contra el Hijo de Dios:

(IV-A.13) No envíes al mundo a esos crueles mensajeros para que lo devoren y se ceban en la realidad. Pues te traerán noticia de carne, pellejo y huesos. Se les ha enseñado a buscar lo corruptible, y a retornar con los buches repletos de cosas podridas y descompuestas. Para ellos tales cosas son bellas, ya que parecen mitigar las crueles punzadas del hambre. Pues el dolor del miedo los pone frenéticos, y para evitar el castigo de aquel que los envía, le ofrecen lo que tienen en

gran estima.

El pasaje anterior suena inquietantemente cierto para todos nosotros, y por

mucho que tratemos de ocultar lo que hacemos, esta dinámica de odio sigue

siendo el hecho de nuestra existencia en la tierra. El ego hizo el cuerpo con

ojos para que pueda mirar y encontrar semblantes de pecado en otros. Nos

deleitamos encontrando fallas y nos encanta criticar, porque cuando hacemos que alguien esté más abajo en este loco juego de sube y baja,

nosotros subimos. El propósito del cuerpo es localizar la fuente del pecado,

no en la mente donde está, sino en el mundo, donde no está. Una vez que el pecado es percibido en el cuerpo, atacamos, por lo general en formas psicológicas sutiles, pero de vez en cuando realmente matamos. Nos unimos a nuestros jefes de estado en tiempos de guerra porque nos identificamos con las políticas de asesinato, que justifican el asesinato de otros que son vistos como inferiores, si no como infrahumanos. Nos separamos del enemigo para que este se convierta en el depósito de nuestra culpa. Pero lo que realmente atacamos es la realidad de la luz de Cristo que brilla en la mente tomadora de decisiones que el ego desea negar. Esta misma dinámica de la culpa y el odio se describen en el segundo obstáculo para la paz:

(IV-B.1:1-2:5) Dijimos que el primer obstáculo que la paz tiene que superar es tu deseo de deshacerte de ella. Allí donde la atracción de la culpabilidad impera, no se desea la paz. El segundo obstáculo que la paz tiene que superar, el cual está estrechamente vinculado al primero, es la creencia de que el cuerpo es valioso por razón de lo que ofrece. Pues aquí la atracción de la culpabilidad se pone de manifiesto en el cuerpo y se ve en él.

Éste es el tesoro que crees que la paz te arrebataría. De esto es de lo que crees que te despojaría, dejándote sin hogar. Y esta es la razón por la que le negarías a la paz un hogar. Consideras que ello supone un "sacrificio" excesivamente grande, y que se te está pidiendo demasiado.

Mas ¿se trata realmente de un sacrificio o de una liberación? Empeñado en mantenernos en el infierno de su propio sistema de pensamiento, el ego nos convence del valor del cuerpo como "prueba" de que el pensamiento de culpa es real, excepto que ahora se ve en el cuerpo de otra persona, no en nuestras mentes. Siguiendo con su estrategia, el ego hace del cuerpo su propia encarnación (L-pl.72.2:1-3), el hogar de la culpa

proyectada por la mente y enemigo de la paz. A la luz de esto, Jesús nos

pide que elijamos entre mente y cuerpo, paz y culpa, liberación y sacrificio.

Para tomar la decisión que nos lleve a nuestro verdadero hogar, es imperativo que reconozcamos la elección real. El ego quiere hacernos creer

que la decisión a tomar es entre quién es culpable, tú o yo, una percepción

que refuerza el sistema de pensamiento de separación, culpa y castigo. Esta

no es una verdadera elección en absoluto, razón por la cual Jesús expone la

estrategia del ego de la ausencia de la mente y nos lleva al hogar del tomador de decisiones de nuestros seres separados: la mente que nos permite superar los obstáculos del ego y recuperar la conciencia de la paz

que nos refleja nuestra Identidad en Dios.

(IV-B.15) El ego siempre proyecta sus mensajes fuera de ti, al creer que es otro y no tú el que ha de sufrir por tus mensajes de ataque y culpabilidad. E incluso si tú sufres, el otro ha de sufrir aún más. El supremo engañador reconoce que esto no es verdad, pero como "enemigo" de la paz, te incita a que proyectes todos tus mensajes de odio y así te liberes a ti mismo. Y para convencerte de que esto es posible, le ordena al cuerpo a que busque dolor en el ataque contra otro, lo llame placer y te lo ofrezca como tu liberación del ataque.

Regresamos ahora al tema del placer y el dolor, uno de cuyos aspectos es

que sufrimos dolor para que podamos atacar y decir: "Tú me hiciste esto".

Escuchando las sirenas que llaman desde el ego al odio, nos encanta sufrir

en manos de otras personas, anhelando secretamente ser traicionados,

abusados e injusta-mente tratados. Todo esto nos permite decir:

"Puede que

ahora sienta dolor, pero mi placer seguramente vendrá, porque tú sufrirás

luego un castigo y yo seré salvado". Al hacerlo, el dolor por nuestra culpa

reprimida no reconocida, está allí para salir a la superficie y engendrar más

y más sufrimiento, proporcionándonos el perverso placer de creer que nuestra salvación del dolor está en el ataque.

(IV-B.16) No hagas caso de su locura, ni creas que lo imposible es verdad. No olvides que el ego ha consagrado el cuerpo al objetivo del pecado y que tiene absoluta fe de que el cuerpo puede lograrlo. Sus sombríos discípulos entonan incesantemente alabanzas al cuerpo, en solemne celebración del poderío del ego. No hay ni uno solo que no crea que sucumbir a la atracción de la culpabilidad es la manera de escaparse del dolor. Ni uno solo de ellos puede dejar de identificarse a sí

mismo con su propio cuerpo, sin el cual moriría, pero dentro del cual, su muerte es igualmente inevitable.

Todos celebramos el ego. Siempre que hacemos que el cuerpo sea real – un

instrumento de placer o dolor, una fuente u objeto de ataque – adoramos en

el santuario del ego. Ahora sin mente, nunca cuestionamos la paradoja de su

loco sistema de pensamiento que nos dice que moriremos sin el cuerpo,

pero que con el cuerpo nuestra muerte es igualmente inevitable. De hecho,

nuestra muerte es el resultado ineludible de unirnos con el ego, porque su

Dios vengador seguramente nos destruirá como castigo por nuestro pecado

de separarnos de Él. Esta atracción de la muerte como prueba definitiva de

que el sistema de pensamiento del pecado y el castigo del ego es verdad, es

el tema del tercer obstáculo a la paz, y se considerará en breve.

Pasamos ahora a pasajes del cuarto obstáculo, "El temor a Dios", que reflejan la estrategia del ego de usar el cuerpo para ocultar la culpa de la

mente, la causa de creer que Dios nos destruirá. Detrás de este pensamiento

terrible, sin embargo, hay algo aún más aterrador: Dios es invariable e inmutable Amor. Dado que Su Voluntad no permite la separación, la

individualidad o la diferenciación, el miedo del ego a perder su yo, está enmascarado por su creencia en la venganza de Dios, que a su vez se oculta

detrás de la injusticia, el sufrimiento y la muerte del mundo.

(IV-D.3) Este velo, que la creencia en la muerte mantiene intacto y que su atracción protege, es el más tenebroso de todos. La dedicación a la muerte y a su soberanía no es más que el voto solemne, la promesa que

en secreto le hiciste al ego de jamás descorrer ese velo, de no acercarte

a él y de ni siquiera sospechar que está ahí. Éste es el acuerdo secreto al

que llegaste con el ego para mantener eternamente en el olvido lo que se encuentra más allá del velo. He aquí tu promesa de jamás permitir que la unión te haga abandonar la separación; la profunda amnesia en la que el recuerdo de Dios parece estar totalmente olvidado; la brecha entre tu Ser y tú; el temor a Dios, el último paso de tu disociación.

El sistema de pensamiento de la separación se basa en la idea de que si

volvemos a la parte tomadora de decisiones de la mente nos decidiríamos

por el Espíritu Santo. Recordar el Amor de Dios y nuestra Identidad como

Cristo haría que el ego desapareciera en su propia nada, porque nada que ha

venido de la nada. Para preservar nuestra existencia individual, por lo tanto,

elegimos el ego como nuestro maestro y prometemos nunca mirar dentro.

Como el ego es la parte de la mente que ama ser autónoma y libre, de hecho, hacemos un pacto con nosotros mismos para no acercarnos a la mente. Manteniendo este voto, buscamos el sistema de pensamiento de

pecado, culpa y muerte para protegernos de deshacer el yo separado al

elegir al Maestro de la Vida y el recuerdo de Dios.

(IV-D.4:1-5) Observa cómo la creencia en la muerte parece “salvarte”. Pues si esta desapareciese, ¿a qué le podrías temer, sino a la vida? La atracción de la muerte es lo que hace que la vida parezca ser algo feo, cruel y tiránico. Tu miedo a la muerte no es mayor que el que le tienes

al ego. Ambos son los amigos que tú has elegido...
Vimos esta idea expresada anteriormente en "El miedo a la redención":
no
le tememos a la crucifixión sino a la redención (T-13.III.1:10-11). Aquí
Jesús nos dice que no tememos a la muerte ni al ego, nuestros amigos
que
preservan la separación. Le tememos a él y a su sistema de
pensamiento de
la vida. Nuestra "vida" como un yo ilusorio, por cruel que pueda ser, es
mucho más querida para nosotros que la Vida Misma. Esta loca
preferencia
es lo que necesitamos mirar para que finalmente podamos elegir
contra ella.
(IV-D.4:5) ... ya que en tu secreta alianza con ellos has acordado no
permitir que jamás se revoque el temor a Dios, de modo que pudieses
contemplar la faz de Cristo y unirte a Él en Su Padre.
Una vez que nos decidimos por el ego, nos identificamos con su
estrategia
de prevenir el regreso a la mente donde volveríamos a elegir y
retornaríamos a casa. Como hemos elegido aliarnos con los pensa-
mientos
de separación y ataque del ego, proyectamos estas alianzas en los
cuerpos,
el hogar del ego lejos de casa. Éstos se convierten en nuestras
relaciones
especiales, el "pacto condicional" (T-29.I.3:9) que establecemos con
cada
fragmento de la Filiación para asegurar que la inocencia del Hijo de
Dios
sea un mito, y la culpa su realidad.
Pasemos ahora a algunas de las formas más específicas en las que el
ego
cumple su propósito de la ausencia de la mente. Al comprender la
dinámica
de su sistema de pensamiento, nos resulta más fácil decidir
diferentemente.
Regresamos al comienzo del capítulo que analiza la conexión entre
cuerpo
y mente. La base de esta relación es la estrategia del ego de
establecer el

cuerpo como real, especial, e importante.

La relación entre el cuerpo y la mente.

(I.3:1-3) El cuerpo no puede curarse porque no puede causarse enfermedades a sí mismo. No tiene necesidad de que se le cure. El que goce de buena salud o esté enfermo depende enteramente de la forma en que la mente lo percibe y del propósito para el que quiera usarlo. El tema central del propósito reaparece en nuestra sinfonía. Es esencial comprender que el propósito del ego para nuestra vida física/psicológica es

justificar la proyección de la culpa de la mente. Solo cuando nosotros veamos este propósito odioso y doloroso estaremos motivados a elegir nuevamente: perdón y sanación en lugar de culpa y enfermedad. Sin tal

reconocimiento de la estrategia del ego de la ausencia de la mente y, de la

culpa de la mente y su proyección en los cuerpos, el cuerpo seguirá siendo

la línea de defensa del ego más eficaz en su guerra contra la elección del

Hijo de recordar que su objetivo es Dios (L-pII.258), y no el bienestar del

cuerpo.

(I.3:4-6) Es obvio que un segmento de la mente puede verse a sí mismo

separado del Propósito Universal. Cuando esto ocurre, el cuerpo se convierte en su arma, que usa contra ese Propósito para demostrar el “hecho” de que la separación ha tenido lugar. De este modo, el cuerpo se convierte en el instrumento de lo ilusorio, actuando en conformidad con ello: viendo lo que no está ahí, oyendo lo que la verdad nunca dijo y

comportándose de forma demente, al estar aprisionado por la demencia.

Hecho está entre comillas porque la ilusión de separación difícilmente puede ser un hecho, sin embargo, el cuerpo existe para probar que así es.

Una vez que separamos la mente del cuerpo, protegidos por el velo del olvido, es imposible no ver el cuerpo como algo muy real y como una entidad. Así es como el ego logra mantener fuera de la conciencia el Propósito Universal de Expiación de la mente correcta, envuelto por la

locura que nos hace creer que realmente experimentamos un mundo fuera de la mente. Pareciendo lo contrario, este instrumento de la locura carece del poder que solo pertenece al tomador de decisiones que ha elegido ver su mente errada expresada en la forma.

Antes de continuar con esta sección, inserto cinco frases cortas que acentúan este punto:

(IV-C.5:2-6) El cuerpo es tan incapaz de morir como de sentir. No hace nada. De por sí, no es ni corruptible ni incorruptible. No es nada. Es el resultado de una insignificante y descabellada idea de corrupción que puede ser corregida.

Este tema de la nada literal del cuerpo se repite con frecuencia en nuestro viaje sinfónico a través del texto. Los cuerpos no viven ni mueren, no se

enferman o sanan, no sienten, no tienen sensaciones ni piensan. Son como

marionetas, pedazos de madera sin vida que son animados por titiriteros que

los visten y que dan sus voces a las marionetas que parecen hablar.

Dado

que el cuerpo es simplemente una idea que nunca ha abandonado su fuente,

la proyección de la diminuta y alocada idea de la mente, no se puede corregir. Después de todo, ¿cómo podría corregirse la nada? Solo la mente

que concibió el cuerpo puede ser corregida, cambiada y curada.

Regresamos a la primera sección, donde Jesús continúa su discusión sobre

la mente y el cuerpo en el contexto del tema de la fe y la falta de fe:

(I.4) No pases por alto nuestra afirmación anterior de que la falta de fe conduce directamente a las ilusiones. Pues percibir a un hermano como

si fuese un cuerpo es falta de fe, y el cuerpo no puede ser usado para alcanzar la unión. Si ves a tu hermano como un cuerpo, habrás dado lugar a una condición en la que unirse a él es imposible. Tu falta de fe en él te ha separado de él y ha impedido vuestra curación. De este modo, tu falta de fe se ha opuesto al propósito del Espíritu Santo y ha

dado lugar a que se interpongan entre vosotros ilusiones centradas en el cuerpo. Y el cuerpo parecerá estar enfermo, pues lo habrás convertido en un “enemigo” de la curación y en lo opuesto a la verdad. Poner fe en el ego, como hemos visto, es creer en nada, al igual que poner fe en la realidad del cuerpo. Al hacerlo, hemos perdido la fe en lo único que puede curarnos a nosotros y a nuestros hermanos: la mente y su poder de decisión. Por eso creer en la mente errada y en el cuerpo es falta de fe, mientras que creer en la mente correcta es fe: una refuerza la separación (es decir, la enfermedad); la otra promueve la unión (es decir, la curación). Unirse con otro en intereses compartidos cura porque refleja la unión de la mente con el Espíritu Santo y Su Expiación, deshaciendo la unión previa de la mente con el pensamiento de separación del ego.

(I.6:1-3) La transigencia que inevitablemente se hace es creer que el cuerpo, y no la mente, es el que tiene que ser curado. Pues este objetivo dividido ha otorgado la misma realidad a ambos, lo cual sería posible sólo si la mente estuviese limitada al cuerpo y dividida en pequeñas partes que aparentan ser íntegras, pero que no están conectadas entre sí. Esto no le hará daño al cuerpo, pero mantendrá intacto en la mente el sistema de pensamiento ilusorio.

La culminación de la estrategia del ego es el cuerpo sin mente, que oculta la verdadera enfermedad (la decisión equivocada de la mente) y la verdadera curación (la decisión corregida de la mente). Cuando proyectamos y fragmentamos los pensamientos de separación y culpa de la mente, el cuerpo no se ve afectado, ni tampoco su relación con otros cuerpos, porque son nada. Es solo cuando queremos usar el cuerpo para probar que la separación es real, y provocada por otro, que el cuerpo parece sufrir dolor.

Lo que la proyección logra, por otro lado, es proteger la culpa de la mente y

darle al cuerpo la ilusión de integridad. El énfasis en la salud integral o en la curación es un intento de corregir esta estratagema del ego postulando la unidad de mente, cuerpo y espíritu. Por muy bien intencionado que sea este enfoque, en última instancia fomenta el compromiso con el ego, dando a la mente, el cuerpo y el espíritu la misma realidad. La verdad es que solo espíritu es real, mientras que, dentro del sueño del ego, la mente es la realidad y el cuerpo simplemente un inteligente desplazamiento. Lo que necesita unificarse es la mente dividida, un proceso que termina con la disociación al llevar la oscuridad a la luz, la ilusión a la verdad. Esto devuelve la nada inherente del cuerpo a la conciencia, despertando a la mente a su realidad como Mente o espíritu.

(I.6:4-6) La mente, pues, es la que tiene necesidad de curación. Y en ella

es donde se encuentra. Pues Dios no concedió la curación como algo aparte de la enfermedad, ni estableció el remedio donde la enfermedad no puede estar.

Encontramos aquí enunciado otro tema importante: la curación no se necesita en el cuerpo ni en el mundo, sino en la mente que contiene el sistema de pensamiento delirante de separación. Dios no sabe sobre la separación o el cuerpo, y mucho menos sobre la enfermedad del cuerpo o

de la mente. Sin embargo, cuando nos quedamos dormidos, tomamos con

nosotros no solo las mentiras y distorsiones del ego, sino el recuerdo de

nuestra Identidad como Hijo de Dios. Elegir ese recuerdo (el Espíritu Santo) es la curación; negarlo es la enfermedad de la separación. Que puede

ser más simple, ya que elegimos entre la verdad y la ilusión, entre la cordura y la locura.

(I.6:7) La enfermedad y el remedio se encuentran en el mismo lugar, y cuando se ven uno al lado del otro, reconoces que todo intento de mantener a la verdad y a la ilusión en la mente, donde ambas

necesariamente están, es estar dedicado a las ilusiones.
De esta manera deshacemos la disociación, representada en el gráfico por la línea de puntos entre las mentes correcta y errada. Creemos que podemos ocultar al Espíritu Santo y vivir con el ego. Pero cuando ponemos estos pensamientos mutuamente excluyentes juntos, luz (curación) y oscuridad (enfermedad), al final reconocemos la verdad. Un medio favorito del ego para forjar este compromiso entre la verdad y la ilusión es traer a Dios, a Jesús, o al Espíritu Santo al sueño para sanar enfermedades, resolver conflictos internacionales, promover ganancia material, y que nos digan qué hacer. Sin duda, el persuasivo argumento del ego continúa, ¿cómo puede el mundo ser ilusorio si Dios Mismo (o Sus Representantes) interactúan con él?

(I.7:6-8) El resultado de una idea no está nunca separado de su fuente. La idea de la separación dio lugar al cuerpo y permanece conectada a él, haciendo que éste enferme debido a la identificación de la mente con él. Tú crees que estás protegiendo al cuerpo al ocultar esta conexión, ya que ocultarla parece mantener tu identificación a salvo del “ataque” de la verdad.

Si el propósito de la existencia es mantener el pensamiento de separación, manteniendo el cuerpo vivo y en primer plano en la conciencia, protegemos este pensamiento asegurándonos de que nunca elijamos contra la ilusión y en favor de la verdad. Cortando la conexión entre mente y cuerpo, proclamando que las ideas sí abandonan su fuente (y que, de hecho, la hemos abandonado), mantenemos nuestra creencia en la separación intacta

y protegida. Lo único que deshace nuestra identidad separada es que la

mente tomadora de decisiones elija la Expiación. La culpabilidad de la mente, oculta esta Corrección, mientras que la culpa oculta la mente, asegurando que no haya manera de salir de la prisión del ego.

Finalmente

hemos aprendido que la enfermedad no tiene nada que ver con los patógenos, sino sólo con la decisión patógena de la mente por la culpa.

(I.8) ¡Si sólo comprendieses cuánto daño le ha hecho a tu mente este extraño encubrimiento, y cuánta confusión te ha causado con respecto a tu identidad! No comprendes la magnitud de la devastación que tu falta de fe ha ocasionado, pues la falta de fe es un ataque que parece estar justificado por sus resultados. Pues al negar la fe ves lo que no es digno de ella, y no puedes mirar más allá de esta barrera a lo que se encuentra unido a ti.

Este tema común refleja el estímulo de Jesús para mirar los efectos devastadores de nuestra desacertada decisión en favor de la falta de fe del

ego, que son su causa. ¿Qué podría ser más destructivo o engendrar más

sufrimiento que transformar la verdad en ilusión, estableciendo el pecado

como real y convirtiendo en moribundo a nuestro eterno Ser? Una vez que

ponemos la fe en el Espíritu Santo como nuestro Maestro, el efecto (cuerpo)

se lleva a la causa (mente), permitiéndonos, en última instancia, ir más allá

hasta nuestra verdadera Causa y a la paz de Dios.

(I.9) Tener fe es sanar. Es la señal de que has aceptado la Expiación, y, por consiguiente, de que deseas compartirla. Mediante la fe, ofreces el regalo de liberación del pasado que recibiste. No te vales de nada que tu

hermano haya hecho antes para condenarlo ahora. Eliges libremente pasar por alto sus errores, al mirar más allá de todas las barreras que hay entre tú y él y veros a los dos como uno solo. Y en esa unidad que contemplas, tu fe está plenamente justificada. La falta de fe nunca está

justificada. La fe, en cambio, siempre lo está.

La fe sana porque hemos elegido al Sanador como nuestro Maestro y

creemos en Su principio de perdón. Esto cambia la atención desde el cuerpo, el símbolo del ego de separación y pecado, a la mente que es su fuente. El cambio se produce en el instante santo, en el que el pasado pecaminoso da paso suavemente al presente inocente, el hogar del santo Hijo de Dios que nunca abandonó a Su Padre. Por cierto, la referencia a la justificación por la fe se refiere al famoso argumento de San Pablo en su carta a los Romanos (3:28). El punto de Jesús aquí es que nada del sistema de pensamiento de culpa y ataque del ego puede estar justificado, porque sólo el perdón que sana es verdaderamente justificable. La base de este proceso de curación del perdón es la visión de que todos somos iguales, cada Hijo separado es el hogar de lo que se ve como pecados con la mentalidad-errada y de lo que se ve como errores con la mentalidad-correcta, con la libertad de elegir cuál realidad es la verdad. Ver solamente el pecado hace que las diferencias sean reales, solidificando la creencia de que la separante diferencia entre Dios y Su Hijo es real. Esta creencia es la única barrera entre nosotros, la cual es fácil de atravesar cuando reconocemos y aceptamos la única verdad de nuestra igualdad al haber elegido equivocadamente en favor del sistema de pensamiento de separación del ego.

(I.13) La gracia no se le otorga al cuerpo, sino a la mente. Y la mente que la recibe mira instantáneamente más allá del cuerpo, y ve el santo lugar donde fue curada. Ahí es donde se alza el altar en el que la gracia fue otorgada, y donde se encuentra. Ofrécele, pues, gracia y bendiciones a tu hermano, pues te encuentras en el mismo altar donde se os otorgó la gracia a ambos. Y dejad que la gracia os cure a la vez, para que podáis curar mediante la fe.

La gracia ("el atributo del Amor de Dios que más se asemeja al estado que prevalece en la unidad de la verdad" [L-pl.169.1:1]), se encuentra sólo en la mente, razón por la cual el ego mantiene nuestra atención enraizada en el cuerpo sin mente. Cuando la elegimos, la gracia nos recuerda al único Hijo de Dios, el estado indiferenciado reflejado en el principio de intereses compartidos de Jesús. Es en este lugar de mentalidad-correcta donde ponemos nuestra fe, reconociendo que la bendición de la curación sólo puede caer sobre la Filiación como un todo, sin estar separada por pensamientos faltos de fe de separación y ataque. Es importante reiterar que la gracia no llega a una persona (cuerpo), sino solo a una mente (el altar).

Ahí no hay cuerpos; lo que subraya la necesidad de volver a la mente tomadora de decisiones donde elegimos entre la bendición unificada de la

gracia de la mentalidad-correcta y la no-inclusividad del sistema de pensamiento de odio especial y amor especial del ego.

(I.16) Dedícate, por lo tanto, a lo eterno, y aprende a no ser un obstáculo para ello ni convertirlo en un esclavo del tiempo. Pues lo que crees hacerle a lo eterno te lo haces a ti mismo. Aquel a quien Dios creó

como Su Hijo no es un esclavo de nada, pues es señor de todo, junto con

su Creador. Puedes esclavizar a un cuerpo, pero las ideas son libres, y no pueden ser aprisionadas o limitadas en modo alguno, excepto por la mente que las concibió. Pues ésta permanece unida a su fuente, que se

convierte en su carcelero o en su libertador, según el objetivo que acepte para sí misma.

Nada de lo que los cuerpos hacen a otros cuerpos afecta la mente, porque

las ilusiones no tienen efecto sobre la realidad, y nuestra realidad dentro del

sueño de la separación es la de una mente tomadora de decisiones.

Las

ideas no abandonan su fuente: la idea ilusoria de la separación de Dios

nunca podrá abandonar la mente y crear un mundo de cuerpos – excepto en sueños. Poner fe en este principio de la Expiación simboliza nuestra renovada dedicación en favor de la verdad eterna de la Unidad perfecta del Cielo, que refleja la decisión de ser libre y despertar a la realidad, y no ser esclavo de un sistema de pensamiento de pecado, limitación y muerte. (IV-A.17:10-12) El cuerpo ciertamente parecerá ser el símbolo del pecado mientras creas que puede proporcionarte lo que deseas. Y mientras creas que puede causarte placer, creerás también que puede causarte dolor. Pensar que podrías estar contento y satisfecho con tan poco es herirte a ti mismo: y limitar la felicidad de la que podrías gozar es recurrir al dolor para que llene tus escasas reservas y haga tu vida más plena.

El placer trae dolor porque cuando pensamos que el cuerpo puede dar placer, lo hacemos real, lo cual significa que hacemos real el sistema de pensamiento del ego que es su fuente. Esto es una defensa contra el Amor de Dios, nuestro único verdadero placer (recuerda: "Todo placer real procede de hacer la Voluntad de Dios" [T-1.VII.1:4]). Al negarnos este placer y al buscarlo en el mundo, reforzamos la ausencia del amor. Y esto es dolor, puro y simple.

Esto no significa que debemos dejar de experimentar placer corporal, pero es útil comprender que el único propósito del ego para el cuerpo es distraernos de la mente. Aunque nada del mundo puede darnos la paz de Dios, el cuerpo no es pecaminoso en sí mismo. Jesús simplemente está diciendo: "Ten cuidado con dedicar tu vida a placeres externos (o a minimizar el dolor externo) ya que al ser impermanentes, te aseguras de que nunca encontrarás el placer verdadero y duradero de hacer la Voluntad de Dios. Mientras piensas que otros te han robado la felicidad porque te sientes culpable por estar pecaminosamente contento en el mundo, tu mente cree en

secreto que tu verdadero pecado fue destruir el Cielo". Nuevamente, Jesús no está diciendo que no deberías ser feliz aquí, pero tenemos que darnos cuenta de que el mundo no es el Reino. El perdón, que es el único placer del mundo, trae verdadera felicidad porque nos lleva al Cielo que es nuestro hogar.

Estas ideas también se ven en el segundo obstáculo, "La creencia de que el cuerpo es valioso por razón de lo que ofrece".

(IV-B.2:6-9) ¿Qué te ha dado realmente el cuerpo que justifique tu extraña creencia de que la salvación radica en él? ¿No te das cuenta de

que eso es la creencia en la muerte? En esto es en lo que se centra la percepción según la cual la Expiación es un asesinato. He aquí la fuente

de la idea de que el amor es miedo.

Para repetir, hacer que el cuerpo sea real establece la realidad del ego y su

sistema de pensamiento de separación. Nuestro percibido acto pecaminoso

de destruir a Dios merece castigo: ganamos nuestra independencia asesinando, y Dios exige expiación mediante el asesinato. Este es el origen

de la loca noción de que la expiación por el pecado viene a través del sufrimiento, el sacrificio y la muerte, lo que justifica la loca creencia de que

Dios no es amor sino miedo.

(IV-B.3:1-3) A los mensajeros del Espíritu Santo se les envía mucho más allá del cuerpo, para que exhorten a la mente a unirse en santa comunión y a estar en paz. Tal es el mensaje que yo les di para ti. Sólo los mensajeros del miedo ven el cuerpo, pues van en busca de lo que puede sufrir.

El toque de clarín de Jesús a nuestras mentes es elegir de nuevo, lo que

significa que vemos el cuerpo como un sombrío fragmento de los pensamientos de separación y pecado del ego. Nos pide que pasemos cada

día en compañía de sus mensajeros de la inocencia, que nos traen percepciones de la igualdad universal de la mente dividida que contiene la impecabilidad universal del Hijo de Dios. Todos los aparentes signos de lo contrario – culpa, sufrimiento y muerte – se descartan rápidamente como fabricaciones del miedo del ego, y no deben tomarse en serio porque no tienen poder para dañar la realidad.

(IV-B.3:4-7) ¿Es acaso un sacrificio que se le aparte a uno de lo que puede sufrir? El Espíritu Santo no te exige que sacrifiques la esperanza de obtener placer a través del cuerpo, pues no hay esperanza alguna de que el cuerpo te pueda proporcionar placer. Pero tampoco puede hacer que tengas miedo del dolor. El dolor es el único “sacrificio” que el Espíritu Santo te pide y lo que quiere eliminar.

Nunca debemos creer que Jesús o su curso nos está pidiendo que abandonemos el mundo. Todo lo que piden es que renunciemos a nuestra identificación corporal, porque esa es la fuente de nuestro dolor.

Hemos puesto la falta de fe al invertir en nada, habiéndola colocado primero en el ego. Jesús simplemente nos pide que consideremos la posibilidad de que haya sacrificio al desprendernos de una ilusión. Todo sufrimiento es el resultado inevitable de creer que lo hay.

(IV-B.4:8) Y deseas tener por morada a tu Padre y no a una mísera choza de barro.

En nuestra locura no queremos que Dios sea nuestro hogar, sino esta “mísera choza de barro” llamada cuerpo. Jesús busca convencernos de que

seríamos más felices dejándolo ser nuestro maestro en lugar del ego. Él no

nos quitaría el cuerpo, como tampoco el Espíritu Santo nos quitaría nuestras

relaciones. En cambio, nuestro maestro transmuta nuestra percepción del

cuerpo, ayudándonos a cambiar al propósito que vemos en él. En lugar de ser un instrumento que nos arraiga aún más en el sueño, el cuerpo nos ayuda a despertarnos a nuestro verdadero Ser, sirviendo como un medio para ser guiados desde el mundo proyectado de vuelta a la mente proyectora que puede elegir de nuevo.

Para reafirmar este punto central, no debemos negar el cuerpo o privarnos de sus impulsos. Simplemente reconocemos el propósito del cuerpo y, al

hacerlo, nuestra identificación con él se debilita inevitablemente.

Entonces

viviremos aquí de manera diferente porque nuestro enfoque no estará en

satisfacer las necesidades emocionales y físicas del cuerpo, sino en satisfacer nuestra necesidad de Expiación: volver a la mente y decidir contra la culpa y el ataque, y en favor del perdón y la paz.

(IV-B.10:4-6) El cuerpo no puede proporcionarte ni paz ni desasosiego, ni alegría ni dolor. Es un medio, no un fin. De por sí no tiene ningún propósito, sino sólo el que se le atribuye.

Podemos ver con qué frecuencia Jesús regresa al tema de la nada inherente

del cuerpo. Mientras trabajamos a diario con este material, debemos dejar

que sus principios se conviertan en una parte integral de nuestro pensamiento y experiencia, entendiendo que todo lo que sentimos o hacemos con el cuerpo proviene de los pensamientos de la mente de paz o

conflicto, alegría o dolor, amor o miedo.

(IV-B.10:7-10) El cuerpo parecerá ser aquello que constituya el medio para alcanzar el objetivo que tú le asignes. Sólo la mente puede fijar propósitos, y sólo la mente puede discernir los medios necesarios para su

logro, así como justificar su uso. Tanto la paz como la culpabilidad son estados mentales que se pueden alcanzar. Y esos estados son el hogar de

la emoción que los suscita, que, por consiguiente, es compatible con ellos.

Con cada movimiento de nuestra sinfonía, crecemos en la comprensión de la necesidad del ego de que nos identifiquemos con el cuerpo para convertirnos en criaturas sin mente, incapaces de una elección real. Hemos aprendido, sin embargo, que el cuerpo no abandona su fuente: la mente que elige la experiencia de la paz o la culpa, siendo el cuerpo el medio para alcanzar el objetivo del ego de la ausencia de la mente y su objetivo final de preservar la separación. Como se nos dice repetidamente, el propósito lo es todo. Entender por qué nos sentimos culpables y temerosos nos ayudará a elegir contra la culpa y el miedo y en favor de la Expiación. (IV-B.11:1-5) Examina, entonces, qué es lo que es compatible contigo. Ésta es la elección que tienes ante ti, y es una elección libre. Mas todo lo que radica en ella vendrá con ella, y lo que crees ser jamás puede estar separado de ella. El cuerpo aparenta ser el gran traidor de la fe. En él residen la desilusión y las semillas de la falta de fe, mas sólo si le pides lo que no puede dar. Nuestro tema de fe y la falta de fe regresa. Nuevamente, cuando ponemos la fe en el ego, que no es nada, estamos en falta de fe. Por otro lado, poner la fe en el Espíritu Santo es fe real, porque pusimos nuestra fe en la plenitud de Quienes somos como Cristo. Inevitablemente, entonces, cuando ponemos la fe en el cuerpo, creyendo que nos dará lo que queremos, nos traicionará, porque el cuerpo y el ego solo traen sufrimiento, el sello de la falta de fe. La decisión siempre es nuestra: ¿deseamos el dolor de la existencia separada, o la alegría de volver al eterno estado del ser? (IV-B.11:6-9) ¿Puede ser tu error causa razonable para la depresión, la desilusión y el ataque de represalia contra lo que crees que te ha fallado? No uses tu error para justificar tu falta de fe. No has pecado, pero te has equivocado con respecto a lo que significa tener fe. Mas la

corrección de tu error te dará motivos para tener fe.
Jesús nos dirá que quien “castiga el cuerpo está loco” (T-28.VI.1:1)
porque
el cuerpo es la herramienta de la decisión de la mente. La mente es la
única
que debe rendir cuentas por el error de la falta de fe. Además,
podemos
saber que decisión tomamos por nuestra reacción. Si estamos
molestos o
nos sentimos victimi-zados por nuestro cuerpo o el de otra persona,
fue
nuestra decisión la que nos hizo sentir de esa manera. El cuerpo y sus
sentimientos se utilizaron para justificar el objetivo de ser miserable a
manos de otro, lo que refleja el propósito de reforzar la decisión por la
falta
de fe del ego que predica la realidad del pecado. Sin embargo, ya que
el
"pecado" no es más que una interpretación errónea de una idea que
nunca
sucedió, ¿qué puede ser esto sino un error que requiere nada más que
una
corrección suave y el regreso a la fe?
(IV-B.12:1-4) Es imposible tratar de obtener placer a través del cuerpo
y no hallar dolor. Es esencial que esta relación se entienda, ya que el
ego la considera la prueba del pecado. En realidad no es punitiva en
absoluto. Pero sí es el resultado inevitable de equipararte con el
cuerpo,
lo cual es una invitación al dolor.
Una vez más leemos cómo el dolor del cuerpo proviene de la decisión
de la
mente de hacernos dependientes de lo físico para proporcionarnos lo
que
Dios no puede y para ser un sustituto de Su Amor. Esa decisión – por el
pecado – en sí misma es dolorosa porque nos separa de Dios aún más
en
nuestra conciencia, reforzando la culpa que nos lleva a creer que el
sufrimiento es un castigo. Jesús continúa enfatizando sobre el
propósito de
la naturaleza del dolor y el miedo (como una retribución divina):
(IV-B.12:5-7) Pues ello le abre las puertas al miedo, haciendo que se

convierta en tu propósito. La atracción de la culpabilidad no puede sino entrar con él, y cualquier cosa que el miedo le ordene hacer al cuerpo es, por lo tanto, dolorosa. Éste compartirá el dolor de todas las ilusiones, y la ilusión de placer se experimentará como dolor.

El dolor, al igual que el placer, es un arma esencial en el arsenal de defensas

inconscientes del ego. Ambos anclan la atención del tomador de decisiones

en el cuerpo, lejos de la identificación de la mente con la culpa que ahora es

vista en el cuerpo de otro, el cual se considera la causa de nuestra angustia,

así como el medio de escapar de la peor parte del castigo airado de Dios.

Este importante tema de placer y dolor como testimonio del pecado de la

separación vuelve con más claridad, más adelante en nuestra sinfonía:

El dolor demuestra que el cuerpo no puede sino ser real. ... El dolor exige atención, quitándosela así al Espíritu Santo y centrándola en sí mismo. Su propósito es el mismo que el del placer, pues ambos son medios de otorgar realidad al cuerpo. Lo que comparte un mismo propósito es lo mismo. (T-27.VI.1:1,3-5)

(IV-B.13:1-4) ¿No es acaso esto inevitable? El cuerpo, a las órdenes del miedo, irá en busca de culpabilidad y servirá a su amo, cuya atracción por la culpabilidad mantiene intacta toda la ilusión de su existencia. En esto consiste, pues, la atracción del dolor. Regido por esta percepción, el

cuerpo se convierte en el siervo del dolor, lo persigue con un gran sentido del deber y acata la idea de que el dolor es placer.

Una vez más, el dolor existe simplemente para hacer que el cuerpo sea real

en nuestra percepción. El placer también existe porque si el cuerpo es real,

el pensamiento que lo originó también es real, lo que significa que nosotros

somos reales. Al emplear esta defensa, el dolor subyacente de nuestra culpa,

refuerza la creencia de que estamos separados de Dios, reprimiéndola aún

más. Cuanto más se mantenga oculta la culpa, mayor será la necesidad de protegerla a través de la proyección. Según los dictados del ego, vivimos en cuerpos, creyendo que este mundo lleno de culpa es agradable.

¿Puede

haber algo más demente?

(IV-B.13:5-8) Ésta es la idea que subyace a la excesiva importancia que el ego le atribuye al cuerpo. Y mantiene oculta esta relación demente, si

bien, se nutre de ella. A ti te enseña que el placer corporal es felicidad. Mas a sí mismo se susurra: “Es la muerte”.

Recuerda “Los dos cuadros” (T-17.IV). El ego esconde cuidadosamente su

imagen de culpa y muerte dentro del marco de especialismo del placer físico. Sin embargo, el propósito subyacente del ego de usar el dolor para

establecer la realidad del cuerpo y la suya propia, determina todo lo que

pensamos, sentimos y hacemos.

(IV-B.14) ¿Por qué razón es el cuerpo tan importante para ti? Aquello de lo que se compone cierta-mente no es valioso. Y es igualmente cierto

que no puede sentir nada. Te transmite las sensaciones que tú deseas. Pues el cuerpo, al igual que cualquier otro medio de comunicación, recibe y transmite los mensajes que se le dan. Pero éstos le son completamente indiferentes. Todos los sentimientos con los que se revisten dichos mensajes los proporcionan el emisor y el receptor.

Tanto

el ego como el Espíritu Santo reconocen también que aquí el emisor y el

receptor son uno y lo mismo. El Espíritu Santo te dice esto con alegría. El ego te lo oculta, pues no quiere que seas consciente de ello. ¿Quién transmitiría mensajes de odio y de ataque si entendiese que se los está

enviando a sí mismo? ¿Quién se acusaría, se declararía culpable y se condenaría a sí mismo?

El problema es que no somos conscientes de lo que hacemos, por eso el ego

tiene tanto éxito en su estrategia. Creemos que otras personas nos hacen sentir miserables y no nos damos cuenta de que somos nosotros quienes nos golpearnos la cabeza contra la pared, para que nuestros cráneos sangren de agonía. Pensando que otros nos hacen esto, con mucho gusto sufrimos el dolor que prueba su pecado y obliga a Dios a castigarlos a ellos en lugar de a nosotros. En estos obstáculos a la paz, Jesús desnuda el loco sistema de pensamiento del ego para que una vez que lo veamos tal como es, podamos tomar una decisión significativa en su contra. No hace falta decir que este nosotros (tú en el pasaje anterior) es la parte tomadora de decisiones de la mente que quiere que el cuerpo sea un instrumento de separación o un medio para deshacerla. Además, dado que las ideas no abandonan su fuente, el emisor y el receptor son lo mismo: el cuerpo no está separado de la mente, que es el origen de la idea de separación que nunca ha abandonado su fuente para convertirse en un cuerpo que es inherentemente nada en absoluto.

La prueba definitiva de que el ego tiene razón es nuestra atracción por la muerte, el tercer obstáculo a la paz, al que ahora pasamos: (IV-C.1:4) Nadie puede morir a menos que elija la muerte. Este pensamiento se reitera en el libro de ejercicios: “Y nadie muere sin su propio consentimiento” (L-pl.152.1:4). El cuerpo no muere por su cuenta, ni tampoco puede hacer o ser nada sin la decisión de la mente. Si bien esta declaración va en contra de lo que proclama nuestro mundo $2+2=4$, ¿qué

otra cosa podría ser la verdad en un mundo que no ha abandonado su fuente

en la mente? Es el propósito de afirmar la separación, atribuida por la mente

errada al cuerpo, lo que anima al cuerpo en nuestra experiencia, dando

sentido a su aparente existencia: nacimiento, vida y muerte.

(IV-C.1:5-6) Lo que parece ser el miedo a la muerte es realmente su atracción. La culpabilidad es asimismo algo temido y temible.

Aparentemente estamos aterrorizados por nuestra culpa, como lo estamos

por nuestra muerte, y buscamos deshacernos de ellas poniéndolas en otro.

Entonces tememos un contraataque, habiendo negado nuestro primer ataque. Sin embargo, abrazamos en secreto la culpa de la mente, porque

reafirma nuestra existencia separada, aunque pecaminosa.

Hábilmente, nos

convencemos de que la gente nos ataca primero, lo que nos permite mantener nuestro estado separado, pero transfiriendo la responsabilidad por

él - es decir, la culpa - sobre los demás.

(IV-C.1:8-2:4) Y lo mismo ocurre con la muerte. Concebida por el ego, su tenebrosa sombra se extiende sobre toda cosa viviente porque el ego

es el "enemigo" de la vida.

Mas una sombra no puede matar. ¿Qué es una sombra para los que viven? Basta con que la pasen de largo para que desaparezca. ¿Y qué ocurre con aquellos cuya consagración no es a la vida; los "pecadores" enlutados, el lúgubre coro del ego, quienes se arrastran penosamente en

dirección contraria a la vida, tirando de sus cadenas y marchando en lenta procesión en honor de su sombrío dictador, señor y amo de la muerte?

La muerte es simplemente la adoración de una ilusión, sin poder en sí misma, teniendo sólo el poder que le es dado por las mentes dedicadas a

preservar los pensamientos de separación, culpa y castigo. Cuando elegimos

la voz de la muerte, su sombra física es inevitable, encadenándonos a su
velo de desesperación y desesperanza. Pero al elegir la Voz de la Vida, la
muerte es simplemente imposible y la esperanza regresa suavemente.
(IV-C.2:5-13) Toca a cualquiera de ellos con las dulces manos del
perdón, y observa cómo desaparecen sus cadenas, junto con las tuyas.
Ve cómo se despoja del ropaje de luto con el que iba vestido a su
propio
funeral y óyele reírse de la muerte. Gracias a tu perdón puede escapar
de la sentencia que el pecado quería imponerle. Esto no es arrogancia.
Es la Voluntad de Dios. ¿Qué podría ser imposible para ti que elegiste
que Su Voluntad fuese la tuya? ¿Qué significado podría tener la muerte
para ti? Tu dedicación no es a la muerte ni a su amo. Cuando aceptaste
el glorioso propósito del Espíritu Santo en vez del del ego, renunciaste
a
la muerte y la sustituiste por la vida.
Este tema central de nuestra sinfonía, la prominencia de la mente
sobre el
cuerpo, se ve claramente en el fenómeno de la muerte. Este "sueño
central
de donde emanan todas las ilusiones" (M-27.1:1) parece ser la prueba
de
que el ego tiene razón y de que Dios está equivocado, porque la
muerte del
cuerpo refleja la creencia subyacente de que el separado Hijo de Dios
ha
triunfado sobre la vida eterna. El problema no son las proyecciones
vestidas
de negro del pensamiento de la muerte, sino simplemente nuestra
lealtad al
ego, la cual hemos elegido en lugar de la Expiación del Espíritu Santo.
La
curación radica en el reconocimiento de que las formas o los cuerpos
no son
el problema, sino únicamente la decisión de la mente en favor de la
idea que
es la fuente del cuerpo:
(IV-C.2:14-15) Ya sabemos que ninguna idea abandona su fuente. Y la
muerte es el resultado del pensamiento al que llamamos ego, tan

inequívocamente como la vida es el resultado del Pensamiento de Dios.

Lo que experimentamos como la realidad del cuerpo es una ilusión, porque es simplemente la proyección de la fuente: la idea de la mente de la muerte.

Claramente, entonces, el problema no es la muerte del cuerpo, sino el deseo

del ego por la muerte. En última instancia, eso significa la muerte de Dios,

ya que esto preserva la vida del ego. Cuando elegimos el Pensamiento de la

Vida, sin embargo, la "vida" del cuerpo se vuelve irrelevante porque su propósito de ser un aula para la mente se ha cumplido.

(IV-C.4) ¿Y qué es ese cuerpo vestido de negro que quieren enterrar?

Es un cuerpo que ellos consagraron a la muerte, un símbolo de corrupción, un sacrificio al pecado, ofrecido a éste para que se cebe de él y, de este modo, siga viviendo; algo condenado, maldecido por su hacedor y lamentado por todos los miembros de la procesión fúnebre que se identifican con él. Tú que crees haber sentenciado al Hijo de Dios a esto eres arrogante. Pero tú que quieres liberarlo no haces sino honrar la Voluntad de su Creador. La arrogancia del pecado, el orgullo de la culpabilidad, el sepulcro de la separación, son todos parte de tu consagración a la muerte, lo cual aún no has reconocido. El brillo de la culpabilidad con el que revestiste al cuerpo no haría sino destruirlo. Pues lo que el ego ama, lo mata por haberle obedecido. Pero no puede matar a lo que no le obedece.

Este pasaje poético resume de manera evocadora la enseñanza de Jesús: el

cuerpo, incluso hasta la muerte, sirve al propósito de la mente errada de

preservar la ilusión del pecado y el castigo. Aun así, a pesar de su arrogante

demonstración de fuerza que se basa en la aparente realidad de la culpa, el

ego no tiene poder sobre la capacidad de la mente de elegir en su contra.

Esta elección refleja la Voluntad de Dios para Su Hijo, que la muerte no puede afectar a la vida eterna y que somos hijos de esa vida.

(IV-C.7:1-4) Aquellos que tienen miedo de la muerte no ven con cuánta

frecuencia y con cuánta fuerza claman por ella, implorándole que venga a salvarlos de la comunicación. Pues consideran que la muerte es un refugio: el gran salvador tenebroso que libera de la luz de la verdad, la respuesta a la Respuesta, lo que acalla la Voz que habla en favor de Dios. Sin embargo, abandonarte a la muerte no pone fin al conflicto. Sólo la Respuesta de Dios es su fin.

Aquí nuevamente está el tema del propósito. El propósito de la muerte – de hecho, de todo el sistema de pensamiento del ego – es silenciar la Voz de Dios porque en presencia de Su Respuesta el ego desaparecería. La muerte no viene hacia nosotros espontáneamente, sino que responde a la invitación de la mente. Es la creencia sin sentido de que nuestra auto-impuesta muerte puede salvarnos de la condenación eterna a manos del Dios vengador. La verdad es que elegir al Dios verdadero es nuestra única salvación, la única cosa cuerda que podemos hacer. Es, muy simple, debemos elegir la vida eterna.

(IV-C.8:1-5) Bajo el polvoriento contorno de su mundo distorsionado, el ego quiere dar sepultura al Hijo de Dios, a quien ordenó asesinar, y en cuya putrefacción reside la prueba de que Dios Mismo es impotente ante el poderío del ego e incapaz de proteger la vida que Él creó contra el cruel deseo de matar del ego. Hermano mío, criatura de Dios, esto no es más que un sueño de muerte. No hay funeral ni altares tenebrosos, ni mandamientos siniestros, ni distorsionados ritos de condena a los que el cuerpo te pueda conducir. No pidas que se te libere de eso. Mas bien, libera al cuerpo de las despiadadas e inexorables órdenes a las que lo sometiste y perdónalo por lo que tú le ordenaste hacer. El lenguaje duro aquí refleja la intensidad de nuestra necesidad de probar

que Dios está equivocado, incluso hasta la muerte. Sin embargo, todo esto es el sueño ocioso del ego en el que creemos que somos más poderosos que el omnipotente Creador, porque podemos destruir lo que hicimos, mientras que Dios es "impotente" para destruir Su Propia creación. La Expiación enseña que esta locura no tiene ningún efecto sobre nuestra realidad como el único e inmortal Hijo de Dios.

Más adelante en el texto, Jesús dice: "Existe el riesgo de pensar que la muerte te puede brindar paz..." (T-27.VII.10:2). Nosotros no deberíamos

pedir ser liberados del cuerpo, porque por dolorosa que pueda ser la vida

aquí, ese no es el problema. El dolor se debe únicamente al sistema de pensamiento de la mente que hemos elegido (nuestras "despiadadas e inexorables órdenes"), y este sufrimiento permanece incluso cuando el cuerpo se ha ido. Sin embargo, debido a que elegimos poner nuestra fe en

este sistema de pensamiento de la muerte, podemos cambiar nuestra mente

una vez que recordamos que hemos hecho esa elección.

(IV-C.8:6-7) Al exaltarlo lo condenaste a morir, pues sólo la muerte podía derrotar la vida. ¿Y qué otra cosa, sino la demencia, podría percibir la derrota de Dios y creer que es real?

Esto expresa lo que creemos que hemos hecho, reflejando la locura de creer

las mentiras de triunfo y muerte del ego. El mundo prueba que Dios está

muerto, ya que Él no podría existir en un mundo que niega Su naturaleza

eterna. De hecho, esta es la razón por la que fabricamos un mundo opuesto

al Cielo, en el que el principio reinante es la muerte, no la vida.

(IV-C.11:1-4) Cuando alguna cosa te parezca ser una fuente de miedo, cuando una situación te llene de terror y haga que tu cuerpo se estremezca y se vea cubierto con el frío sudor del miedo, recuerda que siempre es por la misma razón: el ego ha percibido la situación como un símbolo de miedo, como un signo de pecado y muerte. Recuerda

entonces que ni el signo ni el símbolo se deben confundir con su fuente,
pues deben representar algo distinto de ellos mismos. Su significado no
puede residir en ellos mismos, sino que se debe buscar en aquello que representan. Y así, puede que no signifiquen nada o que lo signifiquen todo, dependiendo de la verdad o falsedad de la idea que reflejan. Siempre que estemos molestos, no debemos mirar el efecto, la situación que
es el símbolo o el signo – sino a la fuente, la mente que es la causa de toda
angustia. En la parte superior izquierda del gráfico está el término causa
(mente), y en la parte inferior izquierda está el término efecto (mundo). El
problema percibido nunca es la causa de nuestro dolor, sino que la causa es
la decisión de la mente por el dolor. Los problemas del mundo, en cualquier
nivel, no residen en los cuerpos como el ego quiere hacernos creer, sino en
la mente tomadora de decisiones que interpreta los eventos como problemas. Esta es la razón por la que Jesús nos dice: "¡El mundo no existe!" (L-pl.132.6:2). Lo que proyectamos desde la mente no abandona la
mente (las ideas no abandonan su fuente). En nuestra locura creemos que
los pensamientos se han ido y actúan como si realmente estuvieran fuera de
nosotros. Reaccionamos a los cuerpos como si fueran reales, como si satisfacen o nos privan de nuestras necesidades, como si fueran causas de
placer o dolor. Sin embargo, todos estos – bien y mal, placer y dolor, vida
física y muerte – tienen su origen en la mente: el lugar del problema, así
como el de su respuesta salvífica.

Otra vez:

(IV-C.11:2-3) Recuerda entonces que ni el signo ni el símbolo se deben confundir con su fuente, pues deben representar algo distinto de ellos

mismos. Su significado no puede residir en ellos mismos, sino que se debe buscar en aquello que representan.

El símbolo no es importante; sino sólo lo que representa. Mirar con Jesús y

comprender que nuestra interpretación de los eventos es el problema, no los

eventos en sí mismos, nos permite finalmente deshacer la estrategia del ego

y pasar del cuerpo a la mente, de la forma al contenido, del símbolo a la

fuentes. Aquí se encuentra el principio y el fin del ego.

Mirar.

El proceso de curación implica el cambio de creer en la estrategia del ego a

comprender su objetivo, revirtiéndolo mediante el reconocimiento de que

hay algo mal en nuestra forma de vivir: tiene que haber otra manera.

Esta

"otra manera" es mirar al ego con Jesús, uno de los temas más destacados

de nuestra sinfonía. Es el cambio en el instante santo de las relaciones especiales a las santas; el perdón que cambia el propósito del ego para el

cuerpo al del Espíritu Santo, que nos aleja por completo del sistema de pensamiento del ego.

Examinamos ahora un pasaje importante que se encuentra en el cuarto y

último obstáculo a la paz: el temor a Dios. Habiendo visto y luego yendo

más allá de los primeros tres obstáculos, nos encontramos ante el último

velo en el final del viaje. Nos damos cuenta de que el propósito del ego es

mantenernos sin mentes, pero antes de que podamos aceptar la Expiación

para nosotros mismos, primero debemos mirar el núcleo del sistema de

pensamiento del ego, en la mente, no en el cuerpo. Observamos el temor a

Dios que se disfraza de temor a la ira de Dios, pero es el temor a Su Amor

lo que nos motiva a perseguir el sistema de pensamiento de especialismo en

el cuerpo: el propósito del ego de no mirar el miedo de la mente, su primera

línea de defensa, el cuerpo es la segunda. Siguiendo el plan del ego, el cuerpo está equipado con un complejo aparato sensorial que nos trae mensajes que "prueban" que hay un mundo fuera de nosotros y ninguno

dentro. Nuestra identidad como cuerpo, un yo físico/psicológico, se basa en

esta necesidad de no mirar hacia adentro. El ego nos dice que, si lo hiciéramos, Dios nos destruiría. Así que aquí es donde estamos, habiendo

llegado muy lejos con Jesús para que podamos mirar juntos este último obstáculo para finalmente atravesarlo. Pero el ego no se rinde tan fácilmente y responde:

(IV-D.6:1-3) Y ahora te encuentras aterrorizado ante lo que juraste no volver a mirar nunca más. Bajas la vista, al recordar la promesa que les hiciste a tus "amigos". La "belleza" del pecado, la sutil atracción de la culpabilidad, la "santa" imagen encerada de la muerte y el temor de la venganza del ego a quien le juraste con sangre que no lo abandonarías, se alzan todos, y te ruegan que no levantes la mirada. Hemos visto el pasaje del párrafo 3 que habla del voto que le hicimos al ego

de no mirar dentro. Cuando levantamos la mirada, su vocecita grita: "Si

miras, serás destruido y desaparecerás en el olvido". Aterrorizados, renovamos la promesa a nuestro "amigo" y exclamamos: "Lo siento, olvidé

a quién le había prometido lealtad. Nunca te dejaré, mi amado ser". Así corremos a los brazos que nos esperan, los de nuestros aliados y protectores

- pecado, culpa, miedo y muerte - que elegimos en el comienzo para asegurarnos de que nunca nos volviéramos conscientes y eligiéramos contra el ego.

(IV-D.6:4-6) Pues te das cuenta de que si miras ahí y permites que el

velo se descorra, ellos desaparecerán para siempre. Todos tus “amigos”, tus “protectores” y tu “hogar” se desvanecerían. No recordarías nada de lo que ahora recuerdas.

Cuando recordamos que la verdadera salvación es nuestro propósito y miramos directamente al ego, el mundo – incluido al yo individual que apreciamos, adoramos y odiamos – finalmente desaparece en su propia

nada, la peor pesadilla para el ego. ¿Y cómo se podría recordar la nada?

(IV-D.7:1-5) Parece que el mundo te abandonaría por completo sólo con que alzases la mirada. Sin embargo, lo único que ocurriría es que serías tú quien lo abandonaría para siempre. En esto consiste el reestablecimiento de tu voluntad. Mira con los ojos bien abiertos a eso que juraste no mirar, y nunca más creerás que estás a merced de cosas

que se encuentran más allá de ti, de fuerzas que no puedes controlar o de pensamientos que te asaltan en contra de tu voluntad. Tu voluntad es mirar ahí.

El propósito de la estrategia del ego para convertirnos en habitantes sin

mentes de un mundo inexistente era que parezca que somos víctimas de

fuerzas más allá de nuestro control, diciendo: “No es mi culpa que nací, o

que mi cuerpo sea lo que es, o que soy tan inadecuado que no puedo mantener relaciones, etc. ¡No es mi culpa!” Inevitablemente, creemos que

estamos a merced de personas y situaciones que no elegimos. Una vez que

nosotros recuperamos nuestro poder de decisión, sin embargo, y vemos el

mundo como un sueño que inventamos, lo abandonaremos; ya que el mundo, siendo nada, no puede abandonarnos. Por lo tanto, re-establecemos

el poder de nuestras mentes para elegir la Voluntad de Dios y Cristo, en

lugar del deseo del ego de separarse y crear falsamente.

(IV-D.7:6-7) Ningún deseo desquiciado, ningún impulso trivial de volverte a olvidar, ninguna punzada de miedo, ni el frío sudor de lo que

aparenta ser la muerte pueden oponerse a tu voluntad. Pues lo que te atrae desde detrás del velo es algo que se encuentra en lo más recóndito

de tu ser, algo de lo que no estás separado y con lo que eres completamente uno.

Nuestra unidad con el amor que está más allá del velo es nuestro miedo, por

lo que decir estas palabras a menudo parece superficial. Incluso cuando las

entendemos, parecen no tener ningún efecto en nuestras vidas. La verdad es

que no desapareceríamos en el olvido, como nos advierte el ego, sino en el

Corazón de Dios. Para proteger la disolución de nuestro yo, nos aferramos

al sistema de pensamiento del ego que nos dice que no miremos, porque

mirar es todo lo que necesitamos hacer para ser libres, y ese es el significado de la sección "No tengo que hacer nada" que consideramos en el

capítulo anterior. Esta "pequeña dosis de buena voluntad" de mirar al ego,

con el amor de Jesús a nuestro lado, nos ayuda reconocer la increíble resistencia a no hacer nada. Este simple acto pone fin a la disociación que

mantuvo nuestra voluntad separada de la de Dios.

El proceso de llevar las ilusiones desde las tinieblas de mentalidad-errada a

la verdad de la luz de la mentalidad-correcta, el odio del ego al Amor del

Espíritu Santo, deshace el ego. Examinamos ahora dos párrafos que reflejan

esta dinámica curativa.

Llevar la obscuridad a la luz.

(IV-D.2) El cuarto obstáculo a superar pende como un denso velo ante la faz de Cristo. No obstante, a medida que su faz se revela tras él, radiante de júbilo porque Él mora en el Amor de Su Padre, la paz descorrerá suavemente el velo y se apresurará a encontrarse con Él y a

unirse finalmente a Él. Pues este velo obscuro, que hace que la faz de

Cristo se asemeje a la de un leproso y que los radiantes rayos del Amor de Su Padre que iluminan Su rostro con gloria parezcan chorros de sangre, se desvanecerá ante la deslumbrante luz que se encuentra más

allá de él una vez que el miedo a la muerte haya desaparecido.

Llevamos la oscuridad de la faz del ego a la luz de la faz de Cristo, el símbolo del Curso de la inocencia del Hijo de Dios que no está mancillada

por los pesados velos de la culpa, el miedo y la muerte. Esto es una sutil

alusión a nuestra discusión anterior de "Los dos cuadros" (T-17.IV), donde

hablamos de Hamlet confrontando a su madre con las imágenes de su padre

asesinado y su tío asesino, pidiéndole que viera las "imágenes de dos hermanos" (III, iv). En efecto, Jesús hace lo mismo aquí, diciéndonos que

comparemos el rostro ensangrentado que el ego hizo de Cristo con Su verdadero rostro resplandeciente de luz.

Pasamos al párrafo 5 que describe el proceso de llevar la oscuridad a la

luz. Pienso en este como el párrafo de Beethoven, porque es muy similar a

lo que hizo el Maestro en su Novena Sinfonía. Este trabajo monumental preocupó profundamente al compositor, tanto, que le llevó casi siete años

completarlo. Uno de sus problemas fue la transición del tercer al cuarto movimiento, al cual denominó "Oda a la alegría" de Schiller, un himno inspirador a la hermandad y la libertad. Al final, comenzó el Cuarto Movimiento con un aterrador grito musical que se puede comparar con el

terror del ego. A esto le sigue una cita de los movimientos anteriores, cada

uno descartado con una fuerte figura en las cuerdas inferiores.

Después de

la tercera cita, la voz del bajo entona: "Estos sonidos no, sino otros – cánticos de gozo y alegría". Esto marca el comienzo del movimiento final

triumfante. En cierto sentido, esto es lo que Jesús hace aquí. Utiliza palabras

que reflejan los tres primeros obstáculos, llevando a cada uno al Amor de

Dios, al cual los obstáculos están destinados a negar, y el Amor los descarta

rápidamente y desaparecen. Aquí, entonces, está nuestro "párrafo de Beethoven":

(IV-D.5) Cada obstáculo que la paz debe superar se salva de la misma manera: el miedo que lo originó cede ante el amor que se encuentra detrás, y así desaparece el miedo. Y lo mismo ocurre con este último obstáculo. El deseo de deshacerte de la paz y de ahuyentar al Espíritu Santo [El Primer Obstáculo] se desvanece en presencia del sereno reconocimiento de que amas a Dios. La exaltación del cuerpo [El Segundo Obstáculo] se abandona en favor del espíritu, al que amas como jamás podrías haber amado al cuerpo. Y la atracción de la muerte [El Tercer Obstáculo] desaparece para siempre a medida que la atracción del amor despierta en ti y te llama. Desde más allá de cada uno de los obstáculos que te impiden amar, el Amor Mismo ha llamado. Y cada uno de ellos ha sido superado mediante el poder de atracción que ejerce lo que se encuentra tras ellos. El hecho de que desearas el miedo era lo que hacía que pareciesen insuperables. Mas cuando oíste la Voz del Amor tras ellos, contestaste y ellos desaparecieron.

El problema, una vez más, es que el mundo y el cuerpo fueron hechos para

ser paredes insonorizadas que eviten que salga la Voz del Amor que continuamente nos llama. El propósito de Un Curso de Milagros es que reconozcamos estas barreras como la motivación de nuestro mundo de relaciones especiales. El miedo del ego es que en la presencia de la suave

Voz de Dios este mundo se disolvería, haciendo eco de la frase "mediante

una serena fusión" que vimos con respecto al cuerpo (T-18.VI.14:6) el cual

se funde suavemente en el amor que está en nuestras mentes correctas.

Como resultado, tememos al amor y la unión que lo refleja (viendo los intereses de los demás como propios). Nuestra necesidad de ver la oposición y el conflicto se deshace al darnos cuenta de que no hay ninguno,

porque tales percepciones son meras proyecciones del pensamiento del ego

que dice que nos hemos opuesto con éxito a Dios, Quien, no obstante, se

levantará de Su tumba para castigarnos. Al final, la fantasía siempre dará

paso a la verdad cuando se presente.

Por lo tanto, debemos ir más allá del conflicto percibido que hemos hecho

realidad en el mundo exterior deshaciendo la proyección y volviendo al conflicto percibido en la mente. Solo entonces podremos mirar con el

Amor

de Dios a nuestro lado y darnos cuenta de la naturaleza ilusoria del ego.

Necesitamos ser honestos con nosotros mismos sobre lo que parecen ser

nuestros problemas y preocupaciones. Le pedimos ayuda a Jesús para mirarlos con él, viendo no son lo que parecen, sino que son

desplazamientos de un problema que hicimos real en una mente separada

que en sí misma no existe. La relación especial es el contexto en el que miramos la dinámica del ego y llevamos su obscuridad a la luz de Jesús.

Esto nos permite mirar al ego de manera diferente, transformando la relación especial en una relación santa, nuestra próxima sección.

La relación santa.

La relación santa consiste en poner nuestra fe en el Espíritu Santo, Quien

nos enseña que, o todos estamos incluidos en Su perdón, o nadie lo está.

Comenzamos nuestro examen de la relación santa con este párrafo:

(I.1) Dijimos anteriormente que cuando una situación se ha dedicado completamente a la verdad, la paz es inevitable. La consecución de ésta

es el criterio por medio del cual se puede determinar con seguridad si dicha dedicación fue total. Mas dijimos también que es imposible alcanzar la paz sin tener fe, pues lo que se le entrega a la verdad para que ésta sea su único objetivo, se lleva a la verdad mediante la fe.

Esta

fe abarca a todo aquel que esté involucrado en la situación, pues sólo de

esta manera se percibe la situación como significativa y como un todo.

Y todo el mundo tiene que estar involucrado, pues, de lo contrario, ello implicaría que tu fe es limitada y que tu dedicación no es total.

La palabra clave aquí es todos, el sello distintivo de la relación santa.

De lo

contrario, hemos simplemente puesto nuestra fe en la falta de fe de la separación y la exclusión, y el conflicto y el dolor serán las consecuencias

ineludibles, oscureciendo la paz que espera pacientemente nuestra decisión

llena de fe. La Lección 181 nos dice que confiemos en nuestros hermanos

que son uno con nosotros. Esto no significa confiar en sus egos, sino más

bien para que miremos más allá de sus aparentes pecados a la impecabilidad

que es el Hijo de Dios, lo cual hacemos cuando colocamos nuestra fe en el

Maestro del perdón. Él nos lleva a la visión de la igualdad universal de la

mente dividida, que nos permite trascender las diferencias de forma que son

la base de todo juicio y ataque, identificándonos en cambio con la verdadera

percepción que abraza a todas las criaturas de Dios como una.

(I.2) Toda situación que se perciba correctamente se convierte en una oportunidad para sanar al Hijo de Dios. Y éste se cura porque tú tuviste fe en él, al entregárselo al Espíritu Santo y liberarlo de cualquier exigencia que tu ego hubiese querido imponerle. Ves, por consiguiente, que es libre, y el Espíritu Santo comparte esa visión contigo. Y puesto que la comparte, la ha dado, y así, Él cura a través de

ti. Unirse a Él en un propósito unificado es lo que hace que este propósito sea real, porque tú lo completas. Y esto es curación. El cuerpo se cura porque viniste sin él y te uniste a la Mente en la que reside toda curación.

La curación es la elección de la mentalidad-correcta y devuelve a la mente a

su papel de tomador de decisiones, brindándole la oportunidad de volver a

elegir. Nuestro nuevo Maestro nos instruye que la forma de liberarnos del
del
aprisionador sistema de pensamiento de especialismo del ego es ver a
todos
los Hijos de Dios como parte de la relación santa con Él. Tal visión es
nuestro propósito común que mira más allá de las distinciones
corporales a
la unidad de la mente: en los sueños y en la realidad. Alcanzar esta
percepción y liberar al Hijo de Dios de las ilusiones es el único
propósito
verdadero de la vida.

(I.14:1-5) En el instante santo tú y tu hermano os encontráis ante el
altar que Dios se ha erigido a Sí Mismo y a vosotros dos. Dejad a un
lado la falta de fe y venid a él juntos. En él veréis el milagro de vuestra
relación tal como fue renovada por la fe. Y en él os daréis cuenta de
que

no hay nada que la fe no pueda perdonar. Ningún error puede obstruir
su serena visión, la cual lleva el milagro de curación con la misma
facilidad a todos ellos.

Este altar es la mente, que puede elegir la fe o la falta de fe,
dependiendo

del ser que valore. Al decidir poner nuestra fe en la cordura que
merece

nuestra fe, estamos ante el perdón con nuestros socios especiales – los
que

deseamos excluir de nuestra paz. Visto a través de los ojos del milagro
del

instante santo, sus errores son vistos como impotentes para resistir el
amor

que se extiende desde la mente de la Filiación, abrazando a sus
aparentes

fragmentos como uno, sin excepción.

No se puede decir con suficiente frecuencia que la relación santa es
una

decisión, tomada por la mente que elige al Espíritu Santo como su
Maestro

y Amigo, dándose cuenta de que la paz es preferible a la culpa y la
unidad a

la separación. Es uno u otro, y la mente correcta elige mensajeros
amables y

amorosos para reflejar su elección en favor de la amabilidad y el amor: (IV-A.10:3-11:1) De la misma forma en que el amor no puede sino mirar más allá del miedo, así el miedo no puede ver el amor. Pues en el amor reside el fin de la culpabilidad tan inequívocamente como que el miedo depende de ella. El amor sólo se siente atraído por el amor. Al pasar por alto completamente a la culpabilidad, el amor no ve el miedo.

Al estar totalmente desprovisto de ataque es imposible que pueda temer. El miedo se siente atraído por lo que el amor no ve, y ambos creen que lo que el otro ve, no existe. El miedo contempla la culpabilidad con la misma devoción con la que el amor se contempla a sí mismo. Y cada uno de ellos envía a sus mensajeros, que retornan con

mensajes escritos en el mismo lenguaje que se utilizó al enviarlos. El amor envía a sus mensajeros tiernamente, y éstos retornan con mensajes de amor y ternura.

La proyección da lugar a la percepción, y percibimos aquello con lo que primero hemos elegido identificarnos en nuestras mentes. Si deseamos preservar nuestro yo separado, elegiremos mensajeros del miedo para traer

de vuelta mensajes de separación y ataque. Sin embargo, si hemos tenido

suficiente dolor y sufrimiento, enviamos a los mensajeros del amor a que

regresen con mensajes de intereses compartidos que nos ayuden a despertar

del sueño del ego. Lo que está claro es que es uno u otro. No podemos elegir el amor y el miedo; elegir uno significa elegir contra el otro. Los pensamientos mutuamente excluyentes no pueden coexistir excepto por la

disociación que los mantiene presentes en nuestras mentes, aunque solo

podemos ser conscientes de uno en cualquier momento dado. El resultado

es que nuestras percepciones del mundo son tan contrastantes como los

pensamientos que las originan:

(IV-A.11:3-7) La percepción no puede obedecer a dos amos que piden distintos mensajes en lenguajes diferentes. El amor pasa por alto

aquello en lo que el miedo se cebaría. Lo que el miedo exige, el amor ni

siquiera lo puede ver. La intensa atracción que la culpabilidad siente por el miedo está completamente ausente de la tierna percepción del amor. Lo que el amor contempla no significa nada para el miedo y es completamente invisible.

Todo depende de lo que queramos. El miedo refuerza la separación y la culpa, los pilares de nuestro yo individual. Sin embargo, la dulzura del amor

limpia nuestras mentes de lo que nunca fue, dejando solo el sendero tranquilo que nos lleva a casa. La afirmación de que el amor ni siquiera ve

el mundo del miedo de separación y culpa refleja el principio más general

de que Dios no sabe nada sobre el ego, el mundo o el yo separado que creemos que somos. ¿Cómo podría? Hacerlo daría realidad y validez a nuestros pensamientos ilusorios y a nuestro mundo ilusorio. Para el ego este

es el ultraje e insulto más alto, pero para nuestra mente cuerda es la verdad

reconfortante que nos libera para amar en lugar de odiar, para sonreír en

lugar de burlarnos, mientras miramos con alegría a nuestra tontería de haber

creído alguna vez las mentiras del ego:

(III.9) Y sin embargo, lo contemplas con la sonrisa del Cielo en los labios y con la bendición del Cielo en tu mirada. No seguirás viendo el pecado por mucho más tiempo. Pues en la nueva percepción, la mente lo corrige cuando parece presentarse y se vuelve invisible. Los errores se reconocen de inmediato y se llevan enseguida ante la corrección para

que ésta los sane y no para que los oculte. Serás curado del pecado y de

todas sus atrocidades en el instante en que dejes de conferirle poder sobre tu hermano. Y lo ayudarás a superar sus errores al liberarlo jubilosamente de la creencia en el pecado.

La aparente seriedad del pecado da paso silenciosamente al perdón que

devuelve la sonrisa del Cielo a nuestros labios mientras recordamos reírnos

de la naturaleza absurda de la diminuta y alocada idea de la separación (T27.VIII.6:2). Los pecados que proyectamos sobre los demás se ven bajo una luz diferente, como errores nacidos del miedo, siendo entonces ambos perdonados como uno. El error original de la separación ha sido curado y deshecho mientras reina la alegría suprema en la mente de la Filiación. El

himno de la salvación se escucha en todo el mundo y el Hijo de Dios recuerda felizmente que es Su Hijo.

(III.10) En el instante santo verás refulgir la sonrisa del Cielo sobre ti y sobre tu hermano. Y derramarás luz sobre él, en jubiloso reconocimiento de la gracia que se te ha concedido. Pues el pecado no puede prevalecer contra una unión que el Cielo ve en beneplácito. Tu percepción sanó en el instante santo que el Cielo te dio. Olvídate de lo que has visto, y eleva tus ojos con fe hacia lo que ahora puedes ver.

Las barreras que impiden el paso al Cielo desaparecerán ante tu santa mirada, pues a ti que eras ciego se te ha concedido la visión y ahora puedes ver. No busques lo que ha sido eliminado, sino la gloria que ha sido restituida para que tú la veas.

El pasado pecaminoso desapareció cuando la dulce sonrisa de Jesús se convirtió en la nuestra. Sus ojos se convierten en nuestros ojos, y así podemos ver de verdad. Las proyecciones de culpa que nos cegaron a la

verdad del Hijo de Dios se desvanecen suavemente cuando vemos la extensión del amor en lugar de la sombra del pecado. No queda nada por

corregir, y esta santa visión de intereses compartidos refleja la sonrisa del

Cielo de amorosa Unicidad. Nuestra fe en la verdad es la gracia que nos

permite aceptar el amor que Dios nos dio en nuestra creación, y la separación hecha realidad por el pecado desaparece para siempre a la luz de

la radiante gloria de Dios que nuestra vista sanada revela que también es la nuestra.

(III.11:1-2) Mira a tu Redentor y contempla lo que Él quiere que tú veas en tu hermano, y no permitas que el pecado vuelva a cegar tus

ojos. Pues el pecado te mantendría separado de él, pero tu Redentor quiere que veas a tu hermano como te ves a ti mismo.

El Espíritu Santo, nuestro Redentor, no hace nada por nosotros. No manipula los cuerpos del mundo, sino que simplemente nos pide que queramos ver personas libres de pecado, que las veamos como a nosotros

misimos. Al hacerlo, llegamos a reconocer los intereses que compartimos:

una necesidad, un objetivo; una percepción loca, una visión curada.

(III.11:3-5) Vuestra relación es ahora un templo de curación; un lugar donde todos los que están fatigados pueden venir a descansar. En ella se

encuentra el descanso que les espera a todos después de la jornada. Y gracias a vuestra relación todos se encuentran más cerca de ese descanso.

Las relaciones nunca se tratan de cuerpos, sino solo de mentes.

Reconocer

nuestra necesidad compartida cambia las relaciones desde los templos de

odio del ego hasta los templos de curación del Espíritu Santo, en los que

todos son bienvenidos. Ten en cuenta que la palabra todos se repite en las

tres oraciones. En el nivel del contenido – es decir, en la mente sanada –

nadie queda fuera del Amor de Dios.

Volvemos al primer obstáculo: el pensamiento de ataque, provocado por la

proyección de nuestra culpa. Aquí nosotros hacemos que los cuerpos sean

reales al percibir el de otro en oposición al nuestro. Esta percepción de trato

injusto justifica nuestro ataque. Por lo tanto:

(IV-A.4:1-10) ¿Rechazarías la salvación que te ofrece el dador de la salvación? Pues en eso es en lo que te has convertido. De la misma manera en que la paz no podría alejarse de Dios, tampoco podría alejarse de ti. No tengas miedo de este pequeño obstáculo, pues no puede frenar la Voluntad de Dios. La paz fluirá a través de él, y se unirá a ti sin impedimentos. No se te puede negar la salvación. Es tu meta. Aparte de eso no hay nada más que elegir. No tienes ninguna

meta aparte de la de unirte a tu hermano, ni ninguna aparte de aquella que le pediste al Espíritu Santo que compartiese contigo.

Esto expresa el propósito del perdón. En el mundo del ego siempre estamos

en oposición, porque todos quieren robar al otro, esforzándose desesperadamente por triunfar sobre el amor. Ya que todos no podemos

ganar al mismo tiempo, los propósitos deben diferir. En la relación santa,

sin embargo, reconocemos que queremos ganar en el sentido de que todos

queremos despertar del sueño de separación e intereses separados del ego.

Entonces nos convertiremos en salvadores el uno del otro, recordándonos

que podemos elegir la paz en lugar de conflicto y ataque.

(IV-A.4:11-5:4) El pequeño muro [el ataque] se derrumbará silenciosamente bajo las alas de la paz. Pues la paz enviará a sus mensajeros desde ti a todo el mundo, y las barreras se derrumbarán ante su llegada con la misma facilidad con la que superará aquellas que

tú interpongas.

Vencer al mundo no es más difícil que superar tu pequeño muro. Pues en el milagro de tu relación santa – una vez libre de esa barrera – se encuentran todos los milagros. No hay grados de dificultad en los milagros, pues todos ellos son lo mismo. Cada uno supone una dulce victoria de la atracción del amor sobre la atracción de la culpabilidad. Ya hemos comentado cómo todos los problemas se resuelven de la misma

manera: la oscuridad de la culpa y el ataque se lleva a la luz del amor y la

paz. De hecho, a lo largo del texto este tema de que no hay grados de dificultad en los milagros se repite a menudo. Aprendemos de Jesús que el

mundo de la diferen-ciación no es nada más que una creencia errónea, que

no requiere más corrección que el cambio de la mente desde la falta de fe a

la fe. Recuerda que la nada inherente de todas las cosas es lo que tienen en

común. Las formas difieren, por supuesto, pero comparten el único contenido de la falta de significado (T-18.I.7:6-12). Elegir en contra de esto

y en favor de lo significativo es lo que nos despierta, porque la verdad suplanta a la ilusión en nuestra percepción y experiencia una vez que decidimos que la paz es lo que queremos por encima de todo.

(IV-A.5:5-11) ¿Cómo no iba a poder lograrse esto dondequiera que se emprendiese? La culpabilidad no puede levantar barreras contra ello. Y todo lo que parece interponerse entre tu hermano y tú tiene que desaparecer por razón de la llamada que contestaste. Desde ti que respondiste, Aquel que te contestó quisiera llamar a otros. Su hogar reside en tu relación santa. No trates de interponerte entre Él y Su santo propósito, pues es también el tuyo. Permítele, en cambio, que extienda dulcemente el milagro de vuestra relación a todos los que están incluidos en dicho milagro tal como fue concedido.

En el próximo capítulo, Jesús dice que el templo del Espíritu Santo es una

relación (T-20.VI.5:1), corrigiendo la famosa declaración de San Pablo de

que el templo es el cuerpo (1 Corintios 6:19). Este templo está en la mente

porque las relaciones no pueden ser entre cuerpos, los cuales son meras

proyecciones de pensamientos: las ideas no abandonan su fuente.

Seguramente ya hemos aprendido que el problema y la respuesta, la culpa y

el perdón, se encuentran en la mente: el hogar del juicio del ego que excluye y condena, y la total-inclusividad del milagro salvador del Espíritu

Santo.

(IV-A.6) Reina un silencio en el Cielo, una feliz expectativa, un pequeño respiro lleno de júbilo en reconocimiento del final de la jornada. Pues el Cielo te conoce bien, tal como tú lo conoces a él. Ninguna ilusión se interpone entre tu hermano y tú ahora. No pongas atención en el pequeño muro de sombras. El sol se ha elevado por encima de él.

¿Cómo iba a poder una sombra impedir que vieses el sol? De igual modo, las sombras tampoco pueden ocultar de ti la luz en la que a las ilusiones les llega su fin. Todo milagro no es más que el final de una ilusión. Tal fue la jornada; tal su final. Y en la meta de la verdad que aceptaste, a todas las ilusiones les llegará su fin.

Al emprender nuestro viaje, recibimos vislumbres de su glorioso final, dándonos cuenta por fin de que las ilusiones de separación y ataque no pudieron cambiar el amor que nos une, como tampoco las sombras pueden afectar al sol. Nuestro santo propósito, aunque todavía necesita ser criado y alimentado, asegura que el fin de las ilusiones y el logro de la verdad sean ciertos: no somos Hijos separados, sino el único Hijo a quien Dios creó con Él.

(IV-A.7) El insignificante y demente deseo de deshacerte de Aquel que invitaste y expulsarlo, no puede sino generar conflicto. A medida que contemplas el mundo, ese insignificante deseo, desarraigado y flotando

a la deriva, puede posarse brevemente sobre cualquier cosa, pues ahora

no tiene ningún propósito. Antes de que el Espíritu Santo entrase a morar contigo parecía tener un magno propósito: la dedicación fija e inalterable al pecado y a sus resultados. Ahora deambula sin rumbo, vagando a la deriva, causando tan sólo mínimas interrupciones en la llamada del amor.

Este párrafo resume sucintamente la dinámica del ego. Cuando elegimos

estar separados, configuramos un conflicto interno en el que creemos que

estamos en guerra con nuestro Ser. Proyectado, este pensamiento pecaminoso de la separación puede aterrizar en cualquier lugar, para así

cumplir su propósito de hacer que el pecado de la mente sea real e inexpugnable. El pecado se ve entonces en los cuerpos – cualquiera de ellos

servirá – ya que continuamente están en conflicto con nosotros. Sin embargo, cuando es visto a través de la visión de Cristo, este pequeño pensamiento se entiende como que es nada y como algo sin propósito, no

teniendo ningún efecto sobre el amor o nuestra profunda atracción por él.

(IV-A.8) Este minúsculo deseo, esta diminuta ilusión, este residuo

microscópico de la creencia en el pecado, es todo lo que queda de lo que en un tiempo pareció ser el mundo. Ya no es una inexorable barrera a la paz. Su vano deambular hace que sus resultados parezcan ser más erráticos e impredecibles que antes. Sin embargo, ¿qué podría ser más inestable que un sistema ilusorio rígidamente organizado? Su aparente estabilidad no es otra cosa que la debilidad que lo envuelve, la cual lo abarca todo. La variabilidad que el pequeño residuo produce indica simplemente cuán limitados son sus resultados. Mirado con la visión, el pensamiento de separación se ve como un error tonto, no como un pecado monstruoso. Su naturaleza delirante, sin embargo, impregna el sueño, que se percibe como estable y letal a pesar de su clara inestabilidad y variación interminable, la cual está sujeta a su disolución cuando se enfrenta a la verdad. De hecho, lo único con lo que se puede contar en el mundo del ego es que nada es confiable. Sólo de eso podemos estar seguros.

(IV-A.9) ¿Cuán poderosa puede ser una diminuta pluma ante las inmensas alas de la verdad? ¿Podría acaso oponerse al vuelo de un águila o impedir el avance del verano? ¿Podría interferir en los efectos que el sol veraniego produciría sobre un jardín cubierto de nieve? Ve con cuánta facilidad se puede levantar y transportar este pequeño vestigio para no volver jamás. Despidete de él con alegría, no con pesar,

pues de por sí no es nada ni significa nada cuando la fe que tenías en su protección era mayor. ¿No preferirías darle la bienvenida al cálido sol veraniego en lugar de poner tu atención en un copo de nieve que está deritiéndose, y tiritar pensando en el frío invernal?

Esto expresa maravillosamente el principio de la Expiación: la impotencia

del ego contra la verdad. Con Jesús como nuestro maestro, el mundo del

sufrimiento y el pecado se ve de manera diferente. Ya no es el hogar de la

muerte, el mundo se convierte en el salón de clases que es la puerta amable y gentil a la vida eterna. Nuestro maestro nos pide nuevamente que elijamos entre el dolor y la alegría, nada y todo. ¿Puede ser difícil de hacer esta elección cuando consideramos que, a pesar de la fuerza de nuestra creencia en él, el mundo del ego no tiene más poder de permanencia que un copo de nieve sostenido al calor del sol?

Pasemos ahora a la respuesta de Jesús a los mensajeros del ego. En lugar de enviar perros hambrientos, impulsados por el miedo, entrenados para encontrar el pecado en otros, se nos pide que enviemos mensajeros enseñados solo para encontrar el amor o su petición. Ya que somos iguales, compartimos un miedo común: la necesidad de defendernos del amor que también tenemos en común.

(IV-A.14) El Espíritu Santo te ha dado los mensajeros del amor para que los envíes en lugar de aquellos que adiestraste mediante el terror. Están ansiosos de devolverte lo que tienen en gran estima como los otros. Si los envías, sólo verán lo bello y lo puro, lo tierno y lo bondadoso. Tendrán el mismo cuidado de que no se les escape ningún acto de caridad, ninguna ínfima expresión de perdón ni ningún hálito de amor. Y retornarán con todas las cosas bellas que encuentren para compartirlas amorosamente contigo. No tengas miedo de ellos. Te ofrecen la salvación. Sus mensajes son mensajes de seguridad, pues ven el mundo como un lugar bondadoso.

Es importante destacar que esto no tiene nada que ver con lo que ven nuestros ojos físicos. Como hemos comentado en muchas ocasiones, la percepción es interpretativa, no objetiva. Nuestros ojos solo ven lo que parece ser una realidad objetiva. Es la mente la que interpreta lo que vemos y le da a la percepción su propósito y significado, su belleza o fealdad. Si bien el mundo no cambia, nuestras percepciones si pueden; en lugar de elegir la crueldad del odio podemos elegir la hermosura del perdón. La

proyección da lugar a la percepción: lo que primero hacemos real en la mente determina la forma en que percibimos el mundo.

Una línea importante en el pasaje anterior es: "No tengas miedo de ellos".

Estamos aterrorizados por los mensajes del amor porque en su presencia la

existencia del ego se ve amenazada. Entonces no tenemos otro recurso que

destruir no solo el mensaje, sino también al mensajero. Huimos del mundo

de los intereses compartidos como si fuese la plaga, ya que estos deshacen

el sistema defensivo del ego que es el núcleo de nuestra existencia.

Comenzamos la "vida" como criaturas que creían que habían destruido a

Dios, el prototipo de uno u otro – eran los intereses de Dios o los nuestros,

y el nuestro triunfó – y el mundo fragmentado de relaciones especiales "prueba" que esta locura es cierta. ¿Cómo, entonces, no podríamos temer

los mensajes de bondad que disolverían nuestro odio? Jesús continúa:

(IV-A.15:1-4) Si envías únicamente los mensajeros que el Espíritu

Santo te da, sin desear otros mensajes que los suyos, nunca más verás el

miedo. El mundo quedará transformado ante tu vista, limpio de toda culpabilidad y teñido de una suave pincelada de belleza. No hay miedo en el mundo que tú mismo no hayas sembrado en él. Ni ninguno que puedas seguir viendo después de pedirles a los mensajeros del amor que

los desvanezcan.

Todo lo que creemos que puede traernos miedo es algo que ponemos allí. Es

difícil experimentar esta dinámica ontológicamente, el instante en que literalmente fabricamos el mundo, pero como individuos corporales podemos comprender con qué temor interpretamos nuestro mundo personal.

Dado que estas percepciones han sido nuestra elección, se nos puede enseñar con la misma facilidad cómo nuestra decisión por la culpa exige un

castigo, lo que nos lleva a enviar los mensajeros de la culpa que tenemos.

Comprender el propósito del ego nos ayuda a ver cómo buscar y encontrar

estos mensajes porque protegen y preservan nuestra identidad especial. Sin

embargo, el perdón limpia suavemente toda percepción errónea, permitiendo que el amor ocupe el lugar del miedo.

(IV-A.15:5-7) El Espíritu Santo te ha dado Sus mensajeros para que se los envíes a tu hermano y para que retornen a ti con lo que el amor ve. Se te han dado para reemplazar a los hambrientos perros del miedo que enviabas en su lugar. Y marchan adelante para dar a conocer que el fin del miedo ha llegado.

Es uno u otro: mensajeros del amor o del miedo. El significado no reside en

los mensajes que son traídos de regreso a nosotros, sino en los mensajeros

que elegimos enviar, una decisión basada en lo que las mentes desean recibir. Jesús nos está enseñando a cambiar nuestra atención del cuerpo a la

mente, de la forma al contenido, del símbolo a la fuente. Solo entonces se

podrá corregir verdaderamente el error.

Pasando al tercer obstáculo a la paz, vemos que el miedo a la muerte enmascara nuestra atracción por ella. Este miedo hace que la muerte sea

real en nuestra experiencia, el deseo del ego. Si bien descubrir su deseo

oculto es un paso importante en nuestra curación, el miedo a deshacer el

sistema de pensamiento de la individualidad, junto con las defensas que lo

protegen, nos lleva a nuestra fuerte resistencia a este proceso. En los pasajes

evocadores que siguen, Jesús emplea la metáfora de bebés, infantes y niños

– en la inexperiencia en la salvación – para reflejar nuestra resistencia llena

de miedo, a medida que pasamos de las relaciones especiales a las santas.

(IV-C.9:1-10:5) El miedo a la muerte desaparecerá a medida que la atracción que ésta ejerce ceda ante la verdadera atracción del amor. El final del pecado, que anida quedamente en la seguridad de tu relación, protegido por tu unión con tu hermano y listo para convertirse en una poderosa fuerza al servicio de Dios, está muy cerca. El amor protege celosamente los primeros pasos de la salvación, la resguarda de cualquier pensamiento que la pudiese atacar y la prepara silenciosamente para cumplir la imponente tarea para la que se te concedió. Los ángeles dan sustento a tu recién nacido propósito, el Espíritu Santo le da abrigo y Dios Mismo vela por él. No tienes que protegerlo; ya dispones de él. Pues es inmortal, y en él reside el final de la muerte.

¿Qué peligro puede asaltar al que es completamente inocente? ¿Qué puede atacar al que está libre de culpa? ¿Qué temor podría venir a perturbar la paz de la impecabilidad misma? Si bien lo que se te ha concedido todavía se encuentra en su infancia, está en completa comunicación con Dios y contigo. En sus diminutas manos se encuentran, perfectamente a salvo, todos los milagros que has de obrar, y te los ofrece.

La metáfora aquí es similar a la de la Lección 182, "Permaneceré muy quedo por un instante e iré a mi hogar", donde Jesús habla del Niño pequeño en cada uno de nosotros. Somos muy inexpertos en lo que respecta a la salvación (T-17.V.9:1), así que debemos ir despacio y amamantar a este

Niño pequeño para que pueda crecer, un reconocimiento de nuestra resistencia a dejar ir al yo individual. Esta identidad no desaparece de inmediato, sino que lo que se libera es nuestra ira, juicio, depresión y miedo.

La imagen del niño recién nacido lleva consigo no sólo la inocencia angelical, sino también una fuerza silenciosa para que cuando elijamos ser

alimentados por Jesús, tendremos su amor para sostenernos. No hay mayor poder en el mundo, una vez que nuestras mentes lo hagan suyo. En consecuencia, cuando nos identificamos con Jesús y su milagro, no hay nube de culpa a través de la cual la luz interior no pueda brillar, no hay tarea

que no podamos realizar. La fuerza de la impecabilidad de Cristo nos lleva

suave y seguramente más allá de los velos del pecado hacia nuestro hogar.

(IV-C.10:6-9) El milagro de la vida es eterno, y aunque ha nacido en el tiempo, se le da sustento en la eternidad. Contempla a este tierno infante, al que diste un lugar de reposo al perdonar a tu hermano, y ve en él la Voluntad de Dios. He aquí el bebé de Belén renacido. Y todo aquel que le de abrigo lo seguirá, no a la cruz, sino a la resurrección y a la vida.

Los pasajes de estas secciones se escribieron durante la Pascua, lo que explica las referencias a la Pascua que también se combinan con imágenes

de los relatos de la infancia del evangelio. Sabiendo que tendremos miedo

de estos últimos pasos del camino, y no queriendo intensificar nuestro miedo, Jesús nos dice tranquilizadamente: "Comienza con pequeños pasos. Nadie te presionará y no hay urgencia. En la medida que seas capaz,

mira conmigo todo lo que hace tu ego, las muchas formas en que has invertido en ser especial. A través de nuestra unión, el milagro del perdón

los despertará a ti y a tu hermano del sueño de la muerte [el significado de resurrección del Curso] a la vida eterna".

"El descorrimiento del velo" es una sección maravillosa, dedicada casi por

completo a la relación santa. De particular interés es lo que se encuentra al

final del capítulo: en el último obstáculo a la paz que es la culminación del

viaje - el temor de Dios. En lugar de hablar de nuestra unidad con Dios y

Su Amor, como podríamos esperar, Jesús se enfoca en perdonar a nuestro

hermano, el medio que nos llevará a través del velo. Dado que no podemos

acceder directamente a la culpa de la mente, porque la hemos proyectado en

nuestros socios, sólo en ellos podemos reconocer lo que hemos mantenido oculto; de lo contrario no tendríamos forma de verlo y elegir de otra manera. Levantamos el velo a través del perdón, viendo las relaciones especiales como el medio para deshacer las proyecciones de nuestra culpa, llevándolas de vuelta al interior donde pueden deshacerse.

Comenzamos

con el párrafo de apertura de la sección:

(IV-D.8:1-5) No olvides que tú y tu hermano habéis llegado hasta aquí juntos. Y ciertamente no fue el ego el que os guió. Ningún obstáculo a la

paz se puede superar con su ayuda. El ego no revela sus secretos, ni te pide que los examines y los trasciendas. No quiere que veas su debilidad, ni que te des cuenta de que no tiene poder alguno para mantenerte alejado de la verdad.

Como el ego nunca nos dejaría mirar el problema o su solución – es decir,

el poder de la mente para elegir – Jesús nos enseña cómo ver el mundo de

manera diferente. Los ojos que fueron hechos para ocultar nuestra culpa y

condenar sus proyecciones tienen su propósito transformado por el Espíritu

Santo. La vista se convierte en el medio para traernos de vuelta a nuestro

interior para que podamos mirar sin juzgar (visión) el odio hacia uno mismo

y el odio de la mente, y luego más allá de ellos a la inocencia del Hijo de

Dios:

(IV-D.8:6-7) El Guía que os condujo hasta aquí aún está con vosotros, y cuando alcéis la mirada estaréis listos mirar cara a cara al terror sin temor alguno. Pero primero, alza la mirada y mira a tu hermano con inocencia nacida del completo perdón de sus ilusiones, y a través de los

ojos de la fe que no las ve.

Ésta es la práctica esencial de Un Curso de Milagros. Mirando a través de

los ojos inocentes y llenos de fe de Jesús, vemos en otro la culpa proyectada de nuestros "pecados secretos y odios ocultos" (T-31.VIII.9:2), reflejando el propósito cambiado que nos permite mirar dentro de la mente y deshacer la culpa del ego. El temor, entonces, no tiene hogar, y somos libres de dar el paso final, recordando sonreír ante el terror que ahora no tiene causa y por fuerza ya no existe.

(IV-D.9:1-2) Nadie puede enfrentarse al temor a Dios sin experimentar terror, a menos que haya aceptado la Expiación y haya aprendido que las ilusiones no son reales. Nadie puede enfrentarse a este obstáculo solo, pues no habría podido llegar a este punto si su hermano no le hubiese acompaña-do.

No necesitamos una persona real con nosotros. Tenemos resentimientos contra aquellos que están muertos, que ya no están en nuestras vidas, o los que todavía están con nosotros, pero no importa, porque las relaciones existen solo en la mente. Estos resentimientos se convierten en el "camino real" (para usar la feliz frase de Freud) que devuelve nuestra atención a la

mente para mirar su culpa, la percepción sanada que lleva a aceptar la Expiación para nosotros mismos. Si no miramos hacia adentro, sin embargo, las ilusiones de separación permanecerán e inevitablemente se

proyectarán como la terrible creencia de que Dios nos castigará.

(IV-D.9:3-7) Y nadie se atrevería a enfrentarse a dicho temor sin haber perdonado a su hermano de todo corazón. Quédate ahí un rato, pero sin temblar. Ya estás listo. Unámonos en un instante santo, aquí, en este

lugar al que el propósito que se te señaló en un instante santo te ha conducido. Y unámonos con la fe de que Aquel que nos condujo a todos

juntos hasta aquí también te ofrecerá la inocencia que necesitas, y de que la aceptarás por mi amor y por el Suyo.

Nuestro único propósito aquí es perdonar, y que el perdón nos lleve al

mundo real que es el objetivo del viaje. Así hacemos que las relaciones especiales, vistas a través de los ojos de la fe, nos brinden la oportunidad de

mirar hacia adentro a la culpa que habíamos proyectado. Dado que la culpa

es la principal fuente de miedo, cuando nos liberamos de esta en el instante

santo, el miedo es imposible. Solo queda la inocencia de Cristo, abrazándonos en Su Amor por toda la eternidad.

(IV-D.10:7) Ahí, con el final de la jornada ante ti, es cuando ves su propósito.

El propósito del viaje de nuestra vida es el perdón, y podemos entender por

qué Jesús lo ha convertido en el punto focal de su curso. El perdón del otro

es la forma en que eliminamos las proyecciones que ocultaban y protegían

el temor a Dios de "incursiones" de la mentalidad-correcta en su existencia.

Desha-ciendo los tres primeros obstáculos eliminamos las defensas corporales del ataque, el dolor y la muerte, lo que permite a nuestra mente

tomadora de decisiones elegir de nuevo a medida que avanzamos más allá

del cuarto obstáculo. La visión ahora reemplaza al juicio, y la unidad de Dios y Su creación brilla desde nuestras mentes sanadas.

(IV-D.10:8) Y ahí es donde eliges hacerle frente al obstáculo o seguir vagando sin rumbo, sólo para tener que regresar y elegir de nuevo.

Si no perdonamos hoy, lo haremos en otro momento. Si la relación es demasiado dolorosa y las variadas atracciones del ego son demasiado convincentes para evitar deshacer su causa, no necesitamos sentirnos presionados. Jesús no nos reprenderá. Simplemente aceptamos que no estamos listos para perdonar, pero cuando lo estemos, una relación siempre

estará disponible como salón de clases. Es importante que sigamos este

viaje gentil y pacientemente, sin urgencia. Por cierto, si bien uno puede

fácilmente tomar la declaración anterior como que refleja una creencia en la

reencarnación, no es necesario que un estudiante se suscriba decididamente a la visión lineal del tiempo para aprender las lecciones del perdón ahora, el único tiempo que existe.

(IV-D.11:1-3) Hacerle frente al temor a Dios requiere cierta preparación. Sólo los cuerdos pueden mirar de frente a la absoluta demencia y a la locura delirante con piedad y compasión, pero sin miedo. Pues sólo les podría parecer temible si la comparten, y tú la compartes mientras no contemples a tu hermano con perfecta fe, con perfecto amor y con perfecta ternura.

Jesús enfatiza nuevamente que el perdón es un proceso; no se pasa del

terror al despertar, porque la luz del amor del Cielo es todavía demasiado

brillante para los ojos cerrados por el miedo. La causa del miedo, la decisión de la mente por la culpa, se deshace suavemente a través del perdón de otro. De esta forma, paso a paso, la culpa es disuelta como así

también el miedo al amor. Bendecidos por la tierna luz de la verdad, nuestros ojos se abren para contemplar al Hijo de Dios tal como Él lo creó.

(IV-D.11:4) Mientras no lo perdones completamente, tú sigues sin ser perdonado.

Esta es la tercera vez que Jesús habla del perdón total, porque solo entonces

estaremos verdade-ramente libres de culpa. Hasta que lleguemos a ese

punto, sin embargo, perdonamos parcialmente: perdonando a algunas personas y situaciones, pero no todas. El perdón completo es el final del

viaje cuando la Filiación es perdonada en su conjunto, la Expiación se acepta sin reservas, “y finalmente estamos en casa, donde [Dios] quiere que

estemos” (T-31.VIII.12:8).

(IV-D.11:5-7) Tienes miedo de Dios porque tienes miedo de tu hermano.

Temes a los que no perdonas. Y nadie alcanza el amor con el miedo a su lado.

En verdad, tememos a nuestro hermano porque tememos a Dios. Sin embargo, Jesús señala que debido a que estamos asustados y aún nos aferramos a los resentimientos, nos aferramos a la culpa. Mientras la culpa permanezca, alimentada por la falta de perdón de otro, creemos que Dios nos castigará, justificando nuestro temor a Su ira. Por lo tanto, aunque ambas formas de la declaración anterior son verdaderas, el enfoque de Jesús aquí permanece en perdonar hermano como forma de perdonar a Dios. (IV-D.12:1-2) Este hermano que está a tu lado todavía te sigue pareciendo un extraño. No lo conoces, y la interpretación que haces de él es temible. Es un extraño porque todavía lo vemos como un ego, como una criatura de separación y no como nuestro hermano en Cristo. Lo percibimos como un ego porque nos vemos a nosotros mismos de esa manera, y hemos hecho realidad el sistema de pensamiento de miedo que estableció nuestra existencia. Pero detrás de estas formas de miedo se esconde el verdadero "culpable" – la decisión de la mente de seguir siendo un yo especial y separado. (IV-D.12:3-5) Y lo sigues atacando, para mantener a salvo lo que tú crees ser. Sin embargo, en sus manos está tu salvación. Ves su locura, que detestas porque la compartes con él. La frase "para mantener" indica un propósito: atacamos a los demás para que no suframos ningún daño. Si logramos deshacernos de nuestra culpa mediante la proyección, Dios castigará a los "pecadores", liberándonos. Claramente estamos todos locos, pero preferimos ver la locura en otro, en lugar de reconocer nuestra locura compartida, junto con nuestra salvación compartida: (IV-D.12:6-8) Y toda la piedad y el perdón que la curaría dan paso al miedo. Hermano, necesitas perdonar a tu hermano, pues juntos

compartiréis la locura o el Cielo. Y juntos alzaréis la mirada con fe o no la alzaréis en absoluto.

Esto no significa que los demás tengan que perdonarnos al mismo tiempo

que nosotros los perdonamos. Esto sería hacer que nuestra salvación dependa de otro, lo cual sería la antítesis de la enseñanza del Curso.

Necesitamos recordar que Un Curso de Milagros fue escrito originalmente

por Helen y Bill – juntos. El significado de las palabras de Jesús es que nuestras mentes deben reconocer que no podemos llegar al Cielo en un sube

y baja, donde ganamos a costa de otro: si subimos, ellos bajan. Más bien,

ambos ganamos juntos, o no en absoluto. La roca sobre la que descansa la

salvación, como veremos en unos pocos capítulos más adelante, es que

“nadie tiene que perder para que otro gane” (T-25.VII.12:1). Como somos

iguales, ambos somos culpables o ambos inocentes (T-27.VIII.13:6-7); el

juicio sobre uno es siempre un juicio sobre el otro. Una vez más, el perdón

y el ataque tienen lugar solo en la mente que elige al ego o al Espíritu Santo

como su maestro.

(IV-D.13) A tu lado se encuentra uno que te ofrece el cáliz de la Expiación, pues el Espíritu Santo está en él. ¿Preferirías guardarle rencor por sus pecados o aceptar el regalo que te hace? ¿Es este portador de salvación tu amigo o tu enemigo? Decide cuál de esas dos cosas es, sin olvidar que lo que has de recibir de él dependerá de lo que

elijas. Él tiene el poder de perdonar tus pecados, tal como tú tienes el de perdonar los suyos. Ninguno de vosotros puede conferirse ese poder

a sí mismo. Vuestro salvador, no obstante, se encuentra al lado de cada

uno de vosotros. Deja que él sea lo que es, y no trates de hacer del amor

tu enemigo.

Esta es nuestra elección: ver a los demás como nuestro salvador o enemigo, amigos en el perdón o socios odiados en el pecado de especialismo. El cómo los vemos está determinado por cómo nos vemos a nosotros mismos: como hijos del ego o del Cielo. Un hijo del ego produce culpa y la culpa proyectada produce miedo al castigo, transformándose todos en enemigos potenciales. Sin embargo, si elegimos el amor, todos son vistos como parte de la unidad amorosa de la Filiación, reflejada aquí en nuestra igualdad inherente en el pecado o en la impecabilidad, a través de nuestra propia decisión.

(IV-D.14:1) Contempla a tu Amigo, al Cristo Que está a tu lado. Una construcción similar ocurre cerca del final del texto, donde Jesús dice:

“¡Mirad el papel que se os ha encomendado en el universo!” (T-31.VII.8:1).

Es como si las trompetas de la orquesta estuviesen de pie proclamando gloriosamente: “Mira a tu hermano y ve su ego, su miedo, su odio. Míralos como uno con los tuyos, como las defensas universales contra la luz de Cristo que brillan en él, en ti, en todos. Mira más allá del rostro de la culpa al rostro brillante de la inocencia. Tú eres el Cristo, y si lo ves a Él en otro, lo ves a Él en ti mismo, sabiendo que el Hijo de Dios es uno”.

(IV-D.14:2-6) ¡Qué santo y hermoso es! Pensaste que había pecado porque arrojaste sobre Él el velo del pecado para ocultar Su hermosura. A pesar de ello, Él te sigue extendiendo el perdón para que compartas con Él Su Santidad. Este “enemigo”, este “extraño” te sigue ofreciendo la salvación por ser Su Amigo. Los “enemigos” de Cristo, los adoradores del pecado, no saben a Quién atacan.

Esto no significa que la gente necesariamente nos esté perdonando conscientemente. Sin embargo, su presencia en nuestras vidas representa la oportunidad para nosotros de proyectar nuestro aparente pecado, o de mirar

más allá de la proyección hacia lo que ésta busca ocultar: el Cristo radiante que es nuestro verdadero Amigo y nuestro único Ser. Al atacar a otros, lo que proviene siempre del auto-ataque, negamos la unidad de Cristo, la Identidad que compartimos y que espera pacientemente nuestro regreso a la cordura.

(IV-D.15:1-2) Éste es tu hermano, que ha sido crucificado por el pecado y que aguarda para ser liberado del dolor. ¿No le concederías tu perdón, cuando él es el único que te lo puede conceder a ti?

Nos necesitamos unos a otros para ser testigos del principio de la Expiación

que está en cada uno de nosotros, el recordatorio que podemos elegir de

nuevo – el propósito del Espíritu Santo para las relaciones. Al ver cómo reaccionamos ante otro, reconocemos si nuestra mente eligió el ego o el

Espíritu Santo. Incluso cuando nos decidimos por el ego, una parte de nosotros todavía anhela que se demuestre que estamos equivocados, que se

nos muestre que hay otra manera. La indefensión de uno en el rostro del

ataque es una declaración no-verbal de que hay una alternativa significativa

en la mente, la otra forma de mirar que es la esencia del perdón.

(IV-D.16) Éste es el santo lugar de resurrección, al que venimos de nuevo y al que retornaremos hasta que la redención se haya consumado

y recibido. Antes de condenar a tu hermano, recuerda quien es él. Y da gracias a Dios de que sea santo y de que se le haya dado el regalo de la

santidad para ti. Únete a él con alegría, y elimina todo vestigio de culpabilidad de su perturbada y torturada mente. Ayúdale a levantar la pesada carga de pecado que echaste sobre sus hombros y que él aceptó

como propia, y arrójala lejos de él sonriendo felizmente. No la oprimas contra su frente como si fuese una corona de espinas, ni lo claves a ella,

dejándolo irredento y sin esperanzas.

Si bien la crucifixión y las palabras relacionadas son referencias obvias a la historia bíblica, son más a menudo usadas en el Curso como símbolos para el ego, Jesús nos dice: “Dale a tu hermano el regalo de las azucenas (perdón) y no el de espinas (ataque y pecado), pues de esta manera se levantan las proyecciones del ego de su mente y de la tuya. Nuestra risa feliz y compartida restaura la conciencia de la impecabilidad del Hijo de Dios a sus santas mentes. Ven entonces, únete a mí en la resurrección de la vida y trae contigo a todos los que sufren el haberles impuesto las espinas de la culpa y el juicio”.

(IV-D.17:1-5) Ten fe en tu hermano, pues la fe, la esperanza y la misericordia son tuyas para que las des. A las manos que dan, se les da

el regalo. Contempla a tu hermano, y ve en él el regalo de Dios que quiere recibir. Ya casi es Pascua, la temporada de la resurrección. Concedámonos la redención unos a otros y compartámosla, para podernos levantar unidos en la resurrección, y no separados en la muerte.

Nos levantamos como uno solo, y para recibir el regalo del perdón necesitamos darlo. Paralelamente a la segunda oración de arriba, Jesús dice

al final de su sinfonía: “Dar este regalo es la manera de hacerlo vuestro” (T31.VIII.8:6). Dado que las mentes están unidas, ¿cómo podría ser diferente?

Dar y recibir son en verdad lo mismo (L-pl.108).

Recordemos que la resurrección es el despertar del sueño de separación,

crucifixión y muerte; la curación de la mente que es la Expiación. Está claro

que la redención no tiene nada que ver con la proyección de los pensamientos de pecado y culpa que constituyen el cuerpo, sino solo con la

mente que ha elegido el sistema de pensamiento crucificante de culpa y ataque del ego.

(IV-D.17:6-9) Contempla el regalo de libertad que le di al Espíritu Santo para ti. Y liberaos juntos, al ofrecerle al Espíritu Santo ese mismo regalo. Y al dárselo, recibidlo de Él a cambio de lo que le disteis. Él nos conduce a ti y a mí para que nos podamos encontrar aquí, en este sagrado lugar, y juntos tomar la misma decisión.

Dar y recibir son lo mismo: la fe que le ofrecemos al Espíritu Santo se la ofrecemos a nuestros hermanos y a nosotros mismos, y así, la recibimos.

Esto nos devuelve al altar de la mente - "este sagrado lugar" - donde nos

arrodillamos junto con Jesús y nuestros socios especiales, habiendo elegido

nunca más abandonar nuestra cordura, al pasar por las puertas del Cielo

hacia el amor que une al Hijo de Dios como uno.

(IV-D.18:1-3) Libera a tu hermano aquí, tal como yo te liberé a ti.

Hazle el mismo regalo, y contéplalo sin ninguna clase de condena.

Considéralo tan inocente como yo te considero a ti, y pasa por alto los pecados que él cree ver en sí mismo.

Con el amor sin prejuicios de Jesús como nuestro modelo, miramos con ojos de compasión universal al dolor y sufrimiento en nuestros hermanos

que, como castigo por sus pecados percibidos, deambulan "por el mundo

solos, inseguros y presos del miedo" (T-31.VIII.7:1). Al ver su luz interior,

les ofrecemos la oportunidad de liberarse eligiendo la impecabilidad en lugar del pecado, la inocencia en lugar de la culpa. Con alegría aprendemos

que también somos liberados, incluso cuando lo enseñamos a través de

nuestra indefensión.

(IV-D.18.4-5) Ofrécele en este huerto de aparente agonía y muerte su libertad y completa emancipación del pecado. De esta manera, allanaremos juntos el camino que conduce a la resurrección del Hijo de Dios y le permitiremos elevarse de nuevo al feliz recuerdo de su Padre, Quien no conoce el pecado ni la muerte, sino sólo la vida eterna.

Nota la palabra aparente, ya que no hay agonía ni muerte - una idea citada

anteriormente (T-6.I.7:6) –sino sólo el gozo de despertar a la vida eterna.

Nuestros sufrimientos, vistos a través de la luz curativa de la visión, se vuelven oportunidades para desaprender las enseñanzas del ego y aceptar el

mensaje de perdón de Jesús en su lugar. Al igual que con la Navidad, Jesús

teje el simbolismo de la Pascua en su enseñanza – diferentes formas, un

mensaje: la luz de la resurrección, no las tinieblas de la crucifixión.

(IV-D.19:1-3) Juntos desapareceremos en la Presencia que se encuentra detrás del velo, no para perdernos sino para encontrarnos a nosotros mismos; no para que se nos vea sino para que se nos conozca. Y al gozar de conocimiento no quedará nada sin hacer en el plan de salvación que Dios estableció. Éste es el propósito de la jornada, sin el cual ésta no tendría sentido.

Estas hermosas líneas representan nuestra desaparición, la nuestra y la de

Jesús, en la Presencia de Dios más allá del velo final. Esto, una vez más, no

tiene nada que ver con otra persona, a pesar de nuestra experiencia, ya que

las relaciones existen sólo en las mentes tomadoras de decisiones que hemos utilizado como instrumentos de culpa y odio. Con la ayuda de Jesús,

estas mentes ahora se convierten en el medio para deshacer el sistema de

pensamiento de crucifixión y muerte del ego. Este es el propósito de nuestra

vida y el de todas sus relaciones, nuestro viaje a través del mundo perceptivo al conocimiento del Cielo – desde el cuerpo a la mente y luego a

la Mente.

(IV-D.19:4-6) He aquí la paz de Dios, que Él te dio para siempre. He aquí el descanso y la quietud que buscas, la razón de la jornada desde su comienzo. El Cielo es el regalo que le debes a tu hermano, la deuda de gratitud que le ofreces al Hijo de Dios como muestra de agradecimiento por lo que él es y por aquello para lo que su Padre lo creó.

Este es el mundo del conocimiento: nuestro hogar, nuestra paz,
nuestra
alegría. ¿Por qué le negaríamos esto a nuestro hermano cuando
significa
negárnoslo a nosotros mismos? Reconocer a todas las personas como
salvadoras de nuestra culpa es la base de nuestra gratitud hacia ellas,
hacia
nosotros mismos y hacia nuestro Creador.

(IV-D.20) Piensa detenidamente cómo vas a considerar al dador de
este

regalo, pues tal como lo consideres a él, así mismo te parecerá el
regalo.

Según lo consideres, ya sea como el portador de la culpabilidad o el de
la salvación, así verás y recibirás su ofrenda. Los crucificados infligen
dolor porque están llenos de dolor. Pero los redimidos ofrecen alegría
porque han sido curados del dolor. Todo el mundo da tal como recibe,
pero primero tiene que elegir qué es lo que quiere recibir. Y reconocerá
lo que ha elegido por lo que dé y por lo que reciba. Y no hay nada en el
infierno o en el Cielo que pueda interferir en su decisión.

Este es el quid de Un Curso de Milagros. Dado que la proyección a
lugar a

la percepción, lo que percibimos en otro nos mostrará lo que hemos
proyectado (o extendido): separación o unidad, culpa o inocencia. El
mundo

depende de lo que ha elegido la mente, un poder que nadie en el Cielo
o en

la tierra puede quitarnos. De este poder surge un mundo de dolor que
produce dolor, o un mundo de alegría que aumenta la alegría. La
elección es

nuestra. La simplicidad de la salvación (T-31.I).

(IV-D.21:1-3) Has llegado hasta este punto porque elegiste emprender
la jornada. Y nadie emprende nada que crea insensato. Aquello en lo
que tenías fe sigue siendo fiel, y te cuida con fe tan tierna y, al mismo
tiempo, tan poderosa, que te elevará muy por encima del velo, y
pondrá

al Hijo de Dios a salvo dentro de la segura protección de su Padre.

La fe en el santo propósito del Espíritu Santo nos llevó a este velo final
y

nos apoyará cuando finalmente pasemos a través de él. El perdón fue
Su

medio para traernos aquí, habiéndonos guiado a través del mundo tenebroso de la culpa a la puerta de la luz, más allá de la cual el amor del Cielo se extiende y nos eleva hacia sí mismo.

(IV-D.21:4-7) He aquí el propósito que le confiere a este mundo y a la larga jornada a través de él, el único significado que pueden tener. Aparte de esto, no tienen sentido. Tú y tu hermano os alzáis juntos, todavía sin la convicción de que el mundo y la jornada tienen un propósito. Mas os es dado poder ver este propósito en vuestro santo Amigo y reconocerlo como propio.

Jesús nos dice, incluso al final del último obstáculo, que todavía tenemos miedo. Nos hace saber que él lo sabe, por lo que no necesitamos fingir que estamos más avanzados espiritualmente de lo que lo estamos. Aunque el miedo al amor sigue siendo demasiado grande, y la resistencia a aprender su curso es muy fuerte, nuestro amable maestro nos recuerda el importante propósito del perdón, el único significado de la vida y la forma segura en que regresamos a casa con todos nuestros hermanos.

Jesús

Cerramos este capítulo con Jesús – nuestro guía, maestro y amigo. En los dos primeros obstáculos a la paz él alude a los "amargos ídolos" (C-5.5:7)

que el Cristianismo ha hecho de él, y comenzamos con el primer obstáculo, siguiendo con el pasaje que trata sobre los mensajeros del miedo y del amor:

(IV-A.16:1-2) El amor también quiere desplegar un festín sobre una mesa cubierta con un mantel inmaculado, un plácido jardín donde sólo se oye el canto angelical y un suave y feliz murmullo. Es éste un banquete en honor de tu relación santa, en el que todo el mundo es un invitado de honor.

Nota las palabras "todo el mundo", porque en la relación santa todo el

mundo debe estar incluido. Si excluimos incluso a una persona de nuestro perdón, todos quedan excluidos, incluido Jesús. La Filiación de Dios es perfecta Totalidad, lo que significa que no podemos decir que amamos a Jesús sin decir también que queremos amar a todos de la forma en que él lo hace. Puede que tengamos demasiado miedo de ese amor, pero al menos podemos reconocerlo como nuestro objetivo, y que el propósito de nuestro viaje es alcanzar este amor que todo lo incluye. Por eso Jesús nos urge a sentarnos en su fiesta alegre y acogedora, no en la del ego que nos invita a llenar nuestras gargantas con cosas perecederas y podridas – los pecados de nuestro hermano culpable.

(IV-A.16:3) Y en un instante santo todos bendecís la mesa de comunión juntos, al uniros fraternal-mente ante ésta.

Esta es una referencia a la Misa Católica Romana y la participación en el

Sacramento de la Eucaristía, conocido también como Comunión. El lector

puede recordar que el Catolicismo, en todas sus formas, enseña que cuando

es consagrado por el sacerdote, el pan y el vino en el altar se transubstancian en el cuerpo y sangre de Jesús. Al comer el pan y beber el

vino, ahora literalmente el cuerpo y la sangre de Jesús, los fieles se vuelven

uno con él (comunión). Desde la perspectiva de Un Curso de Milagros, el

error radica en que la Iglesia hace del ritual una realidad, lo que obviamente

hace que el cuerpo sea real, si no santo. Finalmente, la contaminación del

ego de lo que podría ser un acto simbólico útil, se ve cuando se bautiza solamente a los Católicos que participan en este rito, razón por la cual Jesús

enfatisa que todo el mundo es bienvenido en su mesa.

(IV-A.16:4-6) Yo me uniré a vosotros ahí, tal como lo prometí hace mucho tiempo y como todavía lo sigo prometiendo. Pues en vuestra nueva relación se me da la bienvenida. Y donde se me da la bienvenida allí estoy.

Nuestro miedo a la promesa de Jesús nos lleva a los brazos del especialismo

que excluye su amor de total-inclusividad y protege la creencia en la separación, el núcleo de nuestra identidad. En respuesta, la decisión de

perdonar (nuestra nueva relación) le da la bienvenida no solo a nuestros

socios especiales de amor y odio, sino también a Jesús, ya que el Hijo de

Dios es uno. Como Jesús representa a nuestro ser de mentalidad-correcta, el

reflejo del verdadero Ser, argumentar continuamente la realidad del ego

asegura que su amor sea negado y nuestro estado separado sea preservado.

Jesús ahora aborda nuestra necesidad de perdonarlo, de hecho, diciendo que

ha sido imposible para el mundo haberlo amado de verdad porque una vez

que fue percibido como especial – siendo el único Hijo de Dios – tenía que

ser visto como teniendo algo que nos falta a los demás. El ego nos interpreta esto de acuerdo con su cuarta ley del caos, posees aquello de lo

que te apropias (T-23.II.9); es decir, Jesús tomó lo que es nuestro: Dios nos

amó primero, pero cuando él robó nuestra primogenitura, robó el Amor de

nuestro Padre. ¿Cómo, entonces, podríamos amar a un hermano creemos

que ha robado lo que nos pertenece?

Sin embargo, la verdad es que en nuestra locura hicimos a Jesús culpable

del pecado que no queríamos aceptar en nosotros mismos: nosotros le

robamos la inocencia de Cristo al Hijo de Dios, no a él. Al hacer a Jesús culpable de nuestro pecado, merecía morir y por eso nuestra culpa se ve reforzada por querer castigar a un inocente. Esto inevitablemente condujo a una mayor proyección, siendo una de las formas de amor y odio especial en los dos mil cien años de Cristianismo – juicio, exclusividad y asesinato. (IV-A.17:1-2) Se me da la bienvenida en un estado de gracia, lo cual quiere decir que finalmente me has perdonado. Pues me convertí en el símbolo de tu pecado, y por esa razón tuve que morir en tu lugar. Una vez más vemos el principio salvífico del ego: uno u otro. Si Jesús tiene la inocencia de Cristo y nosotros no, nos la ha quitado, justificando que la recuperemos matándolo. Su asesinato nos permite recuperar nuestra inocencia, lo cual logramos no solo mediante el mito de la crucifixión sino como hacen los Católicos, en el acto continuo de canibalismo: comer su carne y beber su sangre. En este ritual extraño y primitivo, el Hijo de Dios arrebató su inocencia y amor al aparente salvador – uno u otro – y así se salva de la culpa: (IV-A.17:3-4) Para el ego el pecado significa muerte, y así la expiación se alcanza mediante el asesinato. Se considera que la salvación es un medio a través del cual el Hijo de Dios fue asesinado en tu lugar. Recuerda la discusión en el Capítulo 3 sobre la locura del Dios del ego y la del aparente triunfo de que la defensa del sacrificio es igual a la salvación – uno muere y otro vive. Vemos a Jesús continuar refutando la creencia Cristiana fundamental de que la salvación se produce indirectamente a través de su crucifixión – uno u otro. Lo que es asombroso no es tanto la locura de este sistema de creencias, sino que durante tanto tiempo virtualmente no ha sido cuestionado por el mundo en general. (IV-A.17:5-7) Mas ¿iba acaso a ofrecerte a ti, a quien quiero, mi cuerpo, sabiendo lo insignificante que es? ¿O, por el contrario, te

enseñaría que los cuerpos no nos pueden separar? Mi cuerpo no fue más valioso que el tuyo; ni fue tampoco un mejor instrumento para comunicar lo que es la salvación, si bien no su Fuente.

Jesús vuelve a corregir la confusión Católica de cuerpo y mente. Piensa en

su anterior declaración cuando retóricamente preguntó si nos ofrecería la

nada de su cuerpo (T-7.V.10:7-8). La salvación no puede venir de una persona, sino solo de Dios, a través del principio de Expiación del Espíritu

Santo que nos recuerda el amor del Cielo, nuestra Fuente. Dado que no hay

una jerarquía de ilusiones, todos los cuerpos pueden servir al mismo propósito de mentalidad-correcta del perdón, y ninguno no tiene más valor

inherente que otro. Jesús nos está diciendo, dirigiéndose a este nivel de

confusión de mente y cuerpo: "Mi cuerpo no fue más valioso que el tuyo,

ya que la nada no puede tener gradaciones. ¿Por qué, entonces, te lo ofrecería? Es el amor en mi mente el regalo de la salvación y mi único regalo para ti: el fin de la separación y del especialismo, no su refuerzo".

(IV-A.17:8-9) Nadie puede morir por otro, y la muerte no expía los pecados. Pero puedes vivir para mostrar que la muerte no es real. Mostramos la irrealdad de la muerte al demostrar a través de nuestra bondad universal, que el amor de Jesús vive en nosotros (ver T-11.VI.7:3-

4). El mensaje Cristiano es que Jesús murió por nuestros pecados, el sacrificio que refleja el principio del ego de uno u otro. Para una mente sana

arraigada en la naturaleza inclusiva del amor, esto no tiene sentido. El segundo obstáculo contiene el mismo mensaje:

(IV-B.5:3) No puedes interponer ningún obstáculo en nuestra unión pues yo ya formo parte de tu relación santa.

La importancia de este tema se ve en el constante regreso de Jesús a él. Si le

tenemos miedo por lo que él representa – el amor que acaba con nuestro yo

pecaminoso y culpable – y él vive solo en la relación santa, entonces la falta

de perdón se vuelve cada vez más atractiva para el ego como un obstáculo

para recordar este amor. En consecuencia, continuamos con la ilusión de

que nuestras relaciones especiales nos dan lo que queremos, ya sea de una

persona, de Jesús o de su curso.

(IV-B.5:4-8) Juntos superaremos cualquier obstáculo, pues nos encontramos ya dentro del portal, no afuera. ¡Cuán fácilmente se abren

las puertas desde adentro, dando paso a la paz para que bendiga a un mundo agotado! ¿Cómo iba a sernos difícil pasar de largo las barreras cuando te has unido a lo ilimitado? En tus manos está poner fin a la culpabilidad. ¿Te detendrías ahora a buscar culpabilidad en tu hermano?

A pesar de que estamos muy cansados, y el mundo del tiempo se arrastra

pesadamente (M-1.4:4), el perdón abre las puertas del Cielo y permite que

su paz fluya nuevamente a través de la mente del Hijo de Dios mientras se

despierta con gozo a la verdad. ¿Elegiríamos permanecer fuera de las puertas de la Expiación, cuando el fin de la culpa presagia nuestro regreso a

casa? ¿Podría el ataque ofrecer algo que esté a la altura de lo Inconmensurable: el regalo de nuestro Padre de amor ilimitado?

(IV-B.6:1-2) Deja que yo sea para ti el símbolo del fin de la culpabilidad, y contempla a tu hermano como me contemplarías a mí. Perdóname por todos los pecados que crees que el Hijo de Dios cometió.

Esto es una blasfemia para cualquier Cristiano, pero si miras la teología de

la Iglesia a través de los ojos del Curso, encuentras una clara expresión de

la proyección: Jesús debió haber tomado pecaminosamente lo que ahora me

falta, justificando así su asesinato. Ahora nos ruega que lo miremos a través

de los ojos de la inocencia y no de los de la culpa. Solo entonces podremos aceptar su amor y perdón por los pecados que nunca cometimos, deshaciendo para siempre la culpa en la mente del Hijo de Dios. (IV-B.6:3-5) Y a la luz de tu perdón él recordará quién es y se olvidará de lo que nunca fue. Te pido perdón, pues si tu eres culpable, también lo tengo que ser yo. Mas si yo superé la culpabilidad y vencí al mundo, tu estabas conmigo.

En el sistema de pensamiento del Espíritu Santo somos iguales: si somos culpables, haremos a Jesús culpable también. Sin embargo, si sabemos que somos los santos Hijos de Dios, percibiremos a Jesús de manera similar. Por tanto, si Jesús es inocente y ha despertado del sueño, nosotros también, aunque todavía no hayamos aceptado su perdón. Este tema significativo de la igualdad intrínseca del Hijo, en la verdad y en la ilusión, prefigura un pasaje posterior de nuestra sinfonía que ya hemos citado: Ahora sólo necesitas reconocer que los dos [tú y tu hermano] sois o inocentes o culpables. Lo que es imposible es que seáis diferentes el uno del otro ... (T-27.VIII.13:6-7)

(IV-B.6:6) ¿Qué quieres ver en mí, el símbolo de la culpabilidad o el fin de ésta? Pues recuerda que lo que yo signifique para ti es lo que verás dentro de ti mismo.

Esto es lo que Jesús nos ha dicho que hagamos unos con otros. Lo vemos a él y a los demás como nos vemos a nosotros mismos. Si vemos a Jesús como diferente de nosotros, hacemos la separación real, con nuestro aparente amor como una máscara sobre el odio. Lo que se hace por uno, se hace por todos, porque la Filiación es condenada y perdonada como una. De ahí la enseñanza central de Un Curso de Milagros: para saber que somos perdonados, debemos perdonar a los demás; al deshacer nuestro pecado percibido, deshacemos el de los demás. (IV-B.7) Desde tu relación santa la verdad proclama la verdad y el

amor se contempla a sí mismo. La salvación fluye desde lo más profundo del hogar que nos ofrecisteis a mi Padre y a mí. Y allí estamos juntos, en la serena comunión en la que el Padre y el Hijo están unidos. ¡Venid, oh fieles, a la santa unión del Padre y el Hijo en vosotros! Y no os mantengáis aparte de lo que se os ofrece como muestra de agradecimiento por haberle dado a la paz su hogar en el Cielo. Llevad a todo el mundo el jubiloso mensaje del fin de la culpabilidad, y todo el mundo contestará. Piensa en lo feliz que te sentirás cuando todos den testimonio del fin del pecado y te muestren que el poder de éste ha desaparecido para siempre. ¿Dónde puede seguir habiendo culpabilidad una vez que la creencia en el pecado ha desaparecido? ¿Y dónde está la muerte, una vez que se ha dejado de oír para siempre a su

gran defensor?

Nuestra relación santa con Jesús les ofrece un hogar a todos aquellos que

prefieren el especialismo al amor. La elección de estar con Jesús nos une al

Padre y al Hijo, con Quienes ya estamos unidos. El clamor de la salvación

por la liberación de la culpa y la muerte resuena alrededor de un mundo que

está aprisionado por el temor. Ahora vivimos, porque el pecado se ha ido y

en su lugar descansa la felicidad que fue el único propósito del viaje cuando

tomamos la mano de Jesús por primera vez. Nuestros primeros pasos tentativos de perdón se han convertido en los pasos poderosos que damos

con el amor a nuestro lado, un amor que se extiende gozosamente para

abrazar al mundo limpio de culpa, donde el Hijo de Dios recuerda Quién es.

(IV-B.8:1-3) Perdóname por tus ilusiones, y libérame del castigo que me quieres imponer por lo que no hice. Y al enseñarle a tu hermano a ser libre, aprenderás lo que es la libertad que yo enseñé, y, por lo tanto, me

liberarás a mí. Formo parte de tu relación santa, sin embargo, preferirías aprisionarme tras los obstáculos que interpones a la libertad e impedirme llegar hasta ti.

Nuestros egos quieren bloquear el camino de Jesús. Como símbolo resplandeciente de la Expiación, del cual nos hemos esforzado poderosamente por escondernos y defendernos, Jesús es el símbolo más aterrador del mundo. Y, sin embargo, sigue siendo nuestro amigo más verdadero, el medio por el cual escapamos de la prisión del ego y nos liberamos de sus ilusiones. La verdadera buena noticia es que es sólo cuestión de tiempo hasta que elijamos nuestra mente correcta, perdonando las relaciones especiales que empleamos para protegernos de la libertad que el amor de Jesús nos ha ofrecido desde el comienzo. Liberando a “aquel que sólo quiere ser un hermano para el mundo” (C-5.5:7), nos liberamos nosotros y todos los Hijos de Dios.

(IV-B.8:4-5) Mas no es posible mantener alejado a Uno que ya está ahí. Y en Él se hace posible que nuestra comunión, en la que ya estamos unidos, sea el foco de la nueva percepción que derramará la luz que reside en ti por todo el mundo.

Jesús nos está diciendo lo equivocados que hemos estado. No podemos llegar al Cielo por exclusión, o atravesar las puertas del Cielo a menos que estemos en comunión con él y con el Espíritu Santo. Al unirnos a Ellos, aceptando la unión que ya existe, incluimos a toda la Filiación. Hemos aprendido a ser conscientes de que excluir incluso a una persona es el deseo del ego porque mantiene a raya la luz de la Expiación, preservando nuestra identidad separada que se mantiene segura en la oscuridad de la culpa y el odio. Decirle a Jesús que lo amo le dice a nuestro hermano mayor: “En mi amor por ti abrazo a todas las personas, pero necesito tu amor como un ideal en el que pueda llegar a conocer el significado de la Expiación: “... no se perdió ni una sola nota del himno Celestial”; nada ha cambiado al Hijo de Dios quien permanece tal como fue creado – santo, indiviso y para

siempre uno con su Fuente". Y con gran alegría nos decimos en silencio
a

nosotros mismos y al que nos trajo hasta esta puerta santa: "Estamos
contentos y agradecidos de que así sea'" (L-pl.200.11:9).

Del libro "Viaje a través del Texto de UCDM" por el Dr. Kenneth
Wapnick.

Traducción al Español por Daniel Bezveselny

Grupo de estudio en Telegram

Viaje a través del Texto de Un Curso de Milagros por Kenneth
Wapnick.